

# AMAR POR SEÑAS

---

## Personas que hablan en ella:

- **BEATRIZ**, dama, hija de Felipo
  - **CLEMENCIA**, dama, hija de Felipo y duquesa de Joyosa
  - **ARMESINDA**, dama-niña, sobrina de Felipo
  - **FELIPO**, duque de Lorena
  - **Don GABRIEL** Manrique, galán español
  - **CARLOS**, galán, duque de Orliens
  - **ENRIQUE**
  - **MONTOYA**, gracioso
  - **RICARDO**
  - **CRIADO 1**
  - **CRIADO 2**
  - **CRIADO 3**
  - **Un PAJE**
  - **DAMA**
- 

## ACTO PRIMERO

---

*Salen don GABRIEL y MONTOYA, de camino*

MONTOYA:        Eché las maneotas,  
                      colgué el freno del arzón,  
                      maleta y caparazón,  
                      de la color de tus botas,  
                      yacen --parece epitafio--  
                      entre juncia, espliego y grama,  
                      porque te ministren cama;  
                      mas yo debo ser un zafio,  
                      un...

GABRIEL:        Empieza ya.

MONTOYA:        ... un pollino,  
                      una mula de alquiler,  
                      pues no merezco saber  
                      la causa de este camino.

¿Qué mosca te dio? No ha una hora  
que con la cara serena  
triunfando te vi en Lorena;  
¿de qué es la murria de agora?

Danzaste a satisfacción  
de todo el salón ducal  
antenoche, sin igual  
Adonis de tal salón.

Cinco premios de la justa  
esta tarde te has mamado,  
de monsiures envidiado  
porque tu cólera adusta  
dio con tres patas arriba,  
que del campo sastres fueron,  
pues que la arena midieron.

¿Qué belleza, por esquiva,  
soberbia, qué generosa  
presunción, qué tiranía  
de voluntades te vía,  
que con cara cosquillosa  
no te echase bendiciones,  
si siempre que las mirabas  
desde la tela agarrabas  
sus almas por los balcones?

¿Hubo favor de importancia  
que el de Orliens no te haya hecho,  
de tu valor satisfecho,  
hermano del rey de Francia,  
y tan tratable contigo  
que, desde que nos sacó  
de España, te sublimó  
a la igualdad de un amigo?

¿Dónde vas, si no has sacado  
monja o doncella, no has muerto,  
no herido, no has encubierto  
ladrones, no te han hallado  
moneda falsa, no joya  
contrahecha, no papel  
de conjuración infiel,  
no resistencia?

GABRIEL: Montoya,  
ya sabes mi condición:  
servir y callar.

MONTOYA: Apelo  
sola esta vez.

GABRIEL: ¿Cuándo suelo  
tener yo satisfacción  
de ti ni de otro criado?  
¿Comunico yo secretos  
contigo?

MONTOYA: Muchos discretos  
a sus ministros han dado  
cuenta de cosas más graves,  
cuyo consejo remedia  
imposibles. ¿Qué comedia  
hay, si las de España sabes,  
en que el gracioso no tenga  
privanza, contra las leyes,  
con duques, condes y reyes,  
ya venga bien, ya no venga?  
¿Qué secreto no le fían?  
¿Qué infanta no le da entrada?  
¿A qué princesa no agrada?

GABRIEL: Los poetas desvarían  
con esas civilidades,  
pues, dando a la pluma prisa,  
por ocasionar la risa,  
no escusan impropiedades.

MONTOYA: Ni hay criado que merezca  
con su amo menos que yo.

GABRIEL: Basta; no me enojés.

MONTOYA: No.

GABRIEL: Llámame cuando amanezca,  
porque al punto caminemos.

MONTOYA: (¡Qué maldita condición!) Aparte  
Allí un gallo motilón  
canta maitines; podremos,  
si es media noche, dormir  
dos o tres horas no más;  
quizá en ellas soñarás

que te importa no partir.  
Paséome, por guardarte  
el sueño, junto al frisón;  
maleta y caparazón  
desean acomodarte  
al pie de aquel chopo viejo.  
Duerme, y ¡ojalá, el mi dueño,  
mude caprichos tu sueño,  
y estimes más mi consejo!

*Vase*

GABRIEL: Liviana imaginación,  
huyendo voy de imposibles;  
resistencias invencibles,  
apadríneos la razón.  
Volved por vos, opinión;  
que pretende una beldad,  
desluciendo mi lealtad,  
enloquecerme y rendiros;  
más valen cuerdos retiros  
que loca temeridad.  
Vi a Beatriz cuando ignoraba  
que pudiera darme enojos,  
sin que advirtiesen mis ojos  
que tan cerca el alma estaba.  
Imaginé que feriba  
deleites, a cuyo alarde,  
ni pechero ni cobarde,  
retirara mi valor;  
pero --¡ay cielos!-- que el amor  
entra presto y sale tarde.  
¡Beatriz, hija y sucesora  
del gran duque de Lorena!  
¡Carlos de Orliens, cuya pena  
le trae a casarse agora,  
si pena quien se enamora!  
¿Y yo que le sirvo y sigo,  
amo a Beatriz, y desdigo

de quien soy? ¡Civil cuidado!  
¿Obligaréle criado?  
¿Corresponderéle amigo?  
Alto, amor desvanecido,  
el más eficaz remedio  
será poner tierra en medio,  
pues la razón no lo ha sido.  
La ausencia engendra el olvido;  
de Marte es amor despojos;  
la guerra divierte enojos  
que amor pudo ocasionar.  
Si me perdí por mirar,  
yo castigaré los ojos.  
Enfrena, Montoya, enfrena;  
que no necesito al día,  
cuando la luna es mi guía;  
lastimada de mi pena,  
porque salga de Lorena,  
mi resolución apoya.  
De los incendios de Troya  
huyendo, saco violentos  
penates, mis pensamientos.

*Sale RICARDO con una maleta debajo del brazo, y se  
pone delante de don GABRIEL*

GABRIEL: ¿Es Montoya?  
RICARDO: No es Montoya.  
  
GABRIEL: ¿Quieres algo?  
RICARDO: Lo que llevo.  
GABRIEL: ¿Qué llevas?  
RICARDO: Todos los bienes  
que en esta maleta tienes.  
Robételes, y me atrevo  
a decírtelo.  
GABRIEL: ¿Estás loco?  
RICARDO: No, pero estoy obligado  
a quien esto me ha mandado,

y sé que no te ama poco.

GABRIEL: ¿Qué dices, hombre?

RICARDO: Esto digo.

GABRIEL: ¿Que me robes te mandó  
quien bien me quiere?

RICARDO: Y soy yo  
de sus desvelos testigo.

GABRIEL: ¿Y gusta que me des cuenta  
del hurto que has hecho?

RICARDO: Sí.

GABRIEL: ¿Quién es?

RICARDO: Cerca está de aquí.

GABRIEL: Dime su nombre.

RICARDO: No intenta  
que le sepas por ahora.

GABRIEL: ¿No? Pues ¿cuándo?

RICARDO: Más despacio.

GABRIEL: ¿Dónde está?

RICARDO: ¿Ves el palacio  
del bosque? Pues en él mora.

GABRIEL: Sepa yo cómo se llama.

RICARDO: Que lo ignores determina.  
¿Conoces a la sobrina  
de Felipo?

GABRIEL: ¡Hermosa dama!

RICARDO: Pues no es ésa la curiosa  
inventora de esta empresa.  
¿Sabes quién es la duquesa,  
en Lorena, de Joyosa?

GABRIEL: Ésa es madama Clemencia,  
de dos hijas la menor  
del duque.

RICARDO: Pues no es su amor  
quien quiere impedir tu ausencia.

GABRIEL: Pues ¿quién? Que me vuelves loco.

RICARDO: Ya conoces a Beatriz.

GABRIEL: ¿Qué dices? ¡Suerte feliz!

RICARDO: Pues no es aquésa tampoco.

GABRIEL: ¡Oh bárbaro burlador!  
¡Viven los cielos...!

RICARDO:                    Despacio.

En ese hermoso palacio  
te tiene una dama amor,  
    que desea conocerte,  
y ver si en España amaste,  
por qué ocasión te ausentaste,  
y agora intentas volverte.

    Díome para esto la traza  
que has visto y ejecuté;  
la maleta te robé;  
que, a no hacerlo, me amenaza  
    no menos que en la cabeza;  
y harálo; que es poderosa;  
sabrá por ella curiosa  
tu estado, patria y nobleza;  
    pues claro está que ha de hallar  
papeles que de esta duda  
la saquen. De intentos muda,  
sin resolverte a ausentar;  
    que, puesto que este secreto  
importa lo que no sabes,  
por haber estorbos graves  
y serlo tanto el sujeto,  
    estimarás tu fortuna  
cuando conozcas quién es,  
porque es una de las tres,  
y de las tres no es ninguna.

*Vase*

GABRIEL:           Fuése, y burlóse de mí;

pues para que no le siga,  
con disparates me obliga.

O sueño o es frenesí.

    Ladrón ingenioso, aguarda.

¿Que así un hombre se me atreva?

Seguiréle; que me lleva  
las joyas de mi Gerarda.

Vase

MONTOYA: ¡Que me durmiese yo en pie!

¿Hiciera más un lirón?

Pero ¿qué es de mi frisón?

Maniatado le dejé.

¡Oigan esto! ¡Vive Dios,  
que se me acoge con él  
un hombre! --Cuatrero cruel,  
espera, aguarda. --Otros dos  
van corriendo uno tras otro.

¡Ay, también falta el cojín!

Trampantojos de Merlín  
nos llevan maleta y potro.

La luna me está diciendo  
que es mi amo aquel que corre;  
si él la maleta socorre,  
y yo el caballo definiendo,  
¡oh enlunada claraboya!  
sacrificaréte un gallo.  
Franchote, deja el caballo;  
que es pupilo de Montoya.

*Quiere entrarse, pero salen dos criados que le  
cogen por las espaldas*

CRIADO 1: Tenga, que hay mucho que hacer.

MONTOYA: ¡Ay, por detrás y conmigo,  
¿qué hacen?

CRIADO 2: Punta en boca, digo.

MONTOYA: Señores, no es menester  
apuntar bocas; la mano  
meta en esa faltriquera  
el uno; que yo quisiera  
ser un príncipe; no gano  
más que una triste ración,  
y con ella veinte reales  
de salario, aun no cabales,

pues es mi dueño un pelón.

Doce de éstos hallarán  
con otra mosca menuda;  
quien la maleta nos muda,  
si rompe su cordobán,  
desembolsará doblones,  
que en Francia llaman del sol;  
yo soy un pobre español.

CRIADO 2: Acortemos de razones;  
que no nos trae su dinero.  
Atadle esas manos bien.

*Se las atan atrás*

MONTOYA: ¿Mi dinero no? Pues ¿quién...?

CRIADO 2: Allá lo sabrá.

MONTOYA: Si muero,  
díganme por qué delito.

CRIADO 2: Con el lienzo le vendad  
los ojos.

MONTOYA: No hice maldad  
por obra ni por escrito.  
Si mi dueño derribó  
tres monsiures, ¿en qué peca  
un lacayo, pica seca,  
que en su vida se metió  
en justas ni en pecadoras?  
Por sólo no tornear,  
dejé en un torno de hablar  
tres monjísimas señoras.

CRIADO 1: Ande y calle.

MONTOYA: ¿A dónde bueno  
o para qué tantas prisas?

CRIADO 1: Diránselo allá.

MONTOYA: ¿De misas?  
Luego ¿a réquiem me condeno?

CRIADO 2: En chistando, claro está.

MONTOYA: No muy claro, pues a oscuras  
me llevan. De estas venturas  
la fortuna me dará

infinitas. (Hilo a hilo  
me voy.)

Aparte

CRIADO 2: Chitón.

MONTOYA: No hablo nada.

(Labrando voy cera hilada;  
pero fáltala el pabilo.)

Aparte

*Vanse. Salen RICARDO con la maleta, huyendo, y don  
GABRIEL, que le sigue con la espada desnuda*

GABRIEL: Hombre ¿estás encantado?

Cuando corro tras ti, por bosque y prado,  
sus alas te da el viento;  
si te pierdo de vista, a paso lento  
me aguardas; y al instante  
que pienso que te alcanzo, la inconstante  
cometa no te iguala.

Siguiéndote me traes de sala en sala,  
después que en esta quinta  
entraste, que de Circe hechizos pinta,  
sola y deshabitada,  
de luces y tapices adornada.

A nadie en ella veo.

O loco estoy o lo que sueño creo.

RICARDO: El orden he cumplido

que me dio quien aquí te ha reducido.

Consulta con tu suerte,

español, el ganarte o el perderte;

porque si eres discreto,

toda tu dicha estriba en tu secreto;

y no te asombres tanto;

que ésta es industria toda, no es encanto;

porque lo que primero

te dije es, español, tan verdadero,

que de las tres madamas

la que examina en ti amorosas llamas

y prueba tu fortuna

es una de las tres y no es ninguna.

*Apaga la luz, vase y cierra la  
puerta*

GABRIEL:        ¡Espera! Fuese y mató  
la luz, cerrando la puerta.  
Cuando tanto enigma advierta,  
¿podré interpretarle yo?  
De tres damas que nombró,  
afirma que la una es  
quien bien me quiere y, después,  
que no es de las tres ninguna:  
¿cómo si es de las tres una,  
non es ninguna de las tres?  
No será Beatriz hermosa,  
que ha de casarse mañana  
con el de Orliens; no su hermana,  
que ha de ser de Enrique esposa;  
no Armesinda generosa,  
que es muy niña su belleza  
para tanta sutileza.  
Piensamientos, poco a poco;  
que me vais volviendo loco,  
y ya mi frenesí empieza.

*Salen MONTOYA, CRIADO 1 y CRIADO 2, a quienes se  
oye hablar arriba en lo alto de la chimenea*

MONTOYA:        ¿A dónde bueno conmigo,  
señores, que, encaramados,  
me han hecho pisar tejados  
a cierraojos.

CRIADO 2:        Ya le digo  
que ande y calle, si desea  
vivir.

MONTOYA:        Pues ¿de esto se enojan?  
¿Por dónde diablos me arrojan?

CRIADO 2:        Sabrálo cuando lo vea.

MONTOYA:        ¿Si es verdad esto que toco?  
Sin ser chorizo o jamón,  
me han colgado a un cañón

chimeneo.

CRIADO 2: Poco a poco;  
que si cae se ha de matar.

MONTOYA: ¿Quién vio a escuras volatín?  
¡Puf! Llenóseme de hollín  
la boca. ¿En qué ha de parar  
mi ciego descendimiento?

CRIADO 2: Hombre, calla.

MONTOYA: ¡Confesión!  
A humo huelo de carbón.  
¿Mas si hubiese quemamiento?  
Lástima de mí tened.

GABRIEL: Una voz se va acercando  
querellosa.

MONTOYA: Bamboleando,  
doy de pared en pared.

*Asoma MONTOYA debajo de la campana de la chimenea,  
colgado de un cordel, vendados los ojos y atadas las  
manos*

Si abajo hay leña encendida,  
¿qué ha de ser de mi trascara?  
Mi chamuscación es clara.  
Yo ¿gomorricé en mi vida?  
Pues ¿por qué me carbonizan?  
¡Ay, que pienso que me abraso!  
Si yo buscara el ocaso  
del gregüesco...

GABRIEL: Atemorizan  
estas voces por venir  
a escuras. ¡Cielos! ¿qué es esto?  
Ea, vil temor, dispuesto  
estoy, matando, a morir.

*Saca la espada*

CRIADO 2: Soltadle; que ya estará

en el suelo.

*Suéltanle y cae*

MONTOYA:                ¡Ay, desloméme,  
tullíme, desvencijéme  
del golpe.

GABRIEL:                Hombre, tente allá,  
si no quieres que te mate.

MONTOYA:              ¿Qué más tenido me quieres,  
si estoy atado?

GABRIEL:                ¿Quién eres?

MONTOYA:              ¡Ese es gentil disparate!  
Vesme, y no te puedo ver,  
¿y eso preguntas? Yo he sido  
lacayo, y ya soy Cupido  
vendado. ¿Quién puede ser  
un hombre cuando no vea?

GABRIEL:                ¿Quién eres, en conclusión?

MONTOYA:              Soy tuétano del cañón  
de toda esa chimenea.  
Duélete de un pobre mozo.

GABRIEL:                No te veo.

MONTOYA:                ¿No, por Dios?  
Luego ¿estaremos los dos  
en el limbo o en el pozo?

GABRIEL:                ¿Es Montoya?

MONTOYA:                ¿Es don Gabriel?

GABRIEL:                ¿Cómo o quién te trajo aquí?

MONTOYA:                ¿Sélo yo? Llégate a mí,  
desátame ese cordel  
que me tiene estropeado,  
mientras mis dichas te cuento.

GABRIEL:                Pues desataréte a tiento.

*Desátale*

MONTOYA:              Luego ¿también te han vendado

los ojetes, como a mí?

GABRIEL: No, pero estamos a oscuras.

MONTOYA: ¡Provechosas aventuras

nos suceden! Hacia aquí.

¿Topaste con la lazada?

GABRIEL: Álzate.

*MONTOYA se levanta*

MONTOYA: ¡Gracias a Dios!

¿Adónde estamos los dos?

GABRIEL: Es una casa encantada.

MONTOYA: ¡Encantada! ¿Desvarías?

¿Qué dices?

GABRIEL: ¿Qué he de decir,

si no hay por donde salir?

MONTOYA: Libro de caballerías

alquilaba mi ración,

donde topaba Amadises,

Esplandianes, Belianises,

que de región en región,

por barbechos y restrojos

descuartizando gigantes,

deshacían, siendo andantes,

los tuertos, y aun los visojos;

donde sabios de ventaja

encantaban de una vez

princesas de diez en diez,

por "quítame allá esta paja";

mas siempre estos hechiceros

--que los más eran traidores--,

encantando a sus señores,

dejaban los escuderos.

¿Quieres apostar, señor,

que los monsiures caídos

nos embaulan, ofendidos

de su afrenta y tu valor?

GABRIEL: Tenlo por cierto.

MONTOYA: Emboscados

y sin cenar nos cogieron;  
pero, en fin, nunca murieron  
de hambre los encantados  
--cosa que es bien que se note--,  
mas mis alientos se holgaran  
que esta vez nos encantaran  
cuatro platos de gigote.

GABRIEL:        ¡Qué diferentes cuidados  
son los tuyos de los míos!

MONTOYA:      Diremos mil desvaríos;  
que estamos encantusados.  
Mas mejor fuera buscar  
la puerta de este castillo,  
si no han echado el rastrillo.

*Llaman dentro, dando golpes en el  
torno*

GABRIEL:      Oye; ¿no sientes llamar?

MONTOYA:      Parece que allí golpean.--  
Diga quien es el que llama.

GABRIEL:      ¿No responden?

MONTOYA:      Será dama  
de las que vernos desean  
encantados; y es sin duda,  
porque, aunque hubiese otros tantos,  
no bastaran mil encantos  
a que una mujer sea muda.

*Llaman otra vez*

GABRIEL:      Segunda vez han tocado.

MONTOYA:      Y es el toque en la madera  
de la puerta. No quisiera  
que hubiese algún lazo armado  
o trampa por donde voy;  
que todo encanto es tramoya.

*Vase llegando a tiento al torno*

GABRIEL: Anda, no temas, Montoya.

MONTOYA: Como no sé donde estoy...

GABRIEL: En una sala adornada  
de doseles y pinturas.

MONTOYA: Pues la puedes ver a oscuras,  
no está para ti encantada.

Llego a tiento hacia la parte  
que pulsa el tal llamador.  
¿Quién llama? ¿Quién es?

*Llega al torno, que se vuelve, y le coge la  
cabeza*

¡Señor!

¡Jesús!

GABRIEL: ¿Quién puede asombrarte?

MONTOYA: Una cosa que se anda  
alrededor y me muerde.

¿Ay, si fuese el dragón verde  
que fue palafrén de Urganda?

Llega presto, si deseas  
que no me desmaye.

*Llégase don GABRIEL y tienta el  
torno*

GABRIEL: ¡Loco,  
éste es torno!

MONTOYA: No le toco.  
Llega tú, pues que torneas.

*Vuelve el torno con dos luces en candeleros de  
plata, recado para escribir y un billete*

GABRIEL: Con dos luces se volvió.  
MONTTOYA: El "lumen Christi" cantemos;  
di "Deo gratias", pues nos vemos.  
GABRIEL: ¡Qué es esto, cielos!  
MONTTOYA: ¿Quién vio  
monasterios encantados?  
Mas soy necio; no hallaré  
devoto que no lo esté  
como bojes torneados.  
GABRIEL: Todo esto tiene misterio.  
MONTTOYA: Seremos por lo ordinario,  
yo el confesor, tú el vicario,  
y éste nuestro monasterio.  
GABRIEL: Un billete para mí  
viene y una escribanía.

*Toma el papel y lee don GABRIEL el sobrescrito*

MONTTOYA: Pues donde hay monjas, ¿podía  
faltar billeticos?; di.  
Respóndela con ternura;  
que yo seré la andadera.  
¡Ojalá con él viniera  
la santa bizcochadura!  
Dichosos fuimos los dos.  
¡Qué necios discursos hice!  
GABRIEL: Así el sobrescrito dice,  
"Leed sólo para vos".  
MONTTOYA: Y ¿para mí?  
GABRIEL: Aparta allá.  
MONTTOYA: En fin, topó tu recato  
con horma de tu zapato.  
GABRIEL: Retira; acabemos ya.

*Lee*

"Por los papeles que os he usurpado, sé,  
don Gabriel Manrique, parte de vuestros amores.  
Quien temerosa de perderos os ha impedido el  
viaje, mal os le consentirá celosa. El  
cuarto de esta quinta que os detiene está  
deshabitado, y imposible en él vuestra  
salida mientras no juréis, con la seguridad  
que los bien nacidos empeñan palabras, y  
las firméis de vuestro nombre, no partiros  
de nuestra corte sin licencia mía, no  
revelar a persona estos secretos, y conjeturar por  
señas cuál de las tres primeras  
damas es la que en palacio os apetece amante.  
Resolveos, o en el silencio de esa prisión  
vengarme en vuestra muerte, o disponeros a las  
dichas que os prometo, que por el riesgo que  
publicadas corren, importa por ahora el secreto  
que os fía quien desea hallaros tan  
advertido como os ha visto valeroso. El cielo os  
guarde."

(¿Pudo la imaginación                      Aparte  
en novelas marañosas,  
sutiles por ingeniosas,  
deleitar la admiración  
con más estraño suceso?)

*Lee para sí otra vez*

MONTOYA:    Sepa yo esa cosicosa.  
¿Es verso? ¿Es papel en prosa,  
o anda en el aire tu seso?  
¡Vive Cristo, que me apuran  
los peligros que recelo!

*Légase a leer, y saca contra él don  
GABRIEL la daga*

GABRIEL: ¡Loco, necio, vive el cielo...!

MONTOYA: ¡Ay! ¿Los encantados juran?

GABRIEL: ¡...si otra vez aquí te llegas...!

MONTOYA: ¿Para qué aprendí yo a leer?  
Si nada tengo de ver,  
más valiera estarme a ciegas.

GABRIEL: Retírate enhoramala.

MONTOYA: ¿Para ti solo que leas  
dice el papel? Nunca creas  
monja, mientras no regala,  
por más ternezas que escriba.

GABRIEL: ("Y conjeturar por señas...") Aparte

MONTOYA: Las monjas son alhagüeñas;  
mas si ésta no es donativa,  
tripularla con desdén,  
o acudir con cena y camas.

GABRIEL: ("...cuál es de las tres madamas Aparte  
la que en casa os quiere bien...")

MONTOYA: Las dos dan; por Dios, que es tarde.  
¿Ni cenado ni dormido?  
¡Bueno va!

GABRIEL: ("...tan advertido...") Aparte

MONTOYA: ¿Es paulina?

GABRIEL: ("...el cielo os guarde." Aparte  
¿Si será Beatriz la dama  
de tanto artificio autora?  
Mas no, que a Carlos adora.  
¿Si es Clemencia? Mas no, que ama  
a Enrique. ¿Si es Armesinda?  
¡Despenadme, cielo santo!)

MONTOYA: ¡Miren si escampa el encanto!  
¡Por Dios, que la flema es linda!

GABRIEL: (Pero séase quien fuere, Aparte  
¿dejaréme yo morir  
rebelde, por no admitir  
leyes de quien bien me quiere?  
No me manda este papel  
que ame yo, sino que firme  
ser secreto y no partirme;  
pues ¿qué riesgo corro en él,

cuando por señas colija  
quién es quien me hace dichoso?  
Obedecerla es forzoso.

MONTOYA: ¡Mala noche y parir hija!  
En fin, ¿no habemos de hablarnos  
en toda esta encantación?

GABRIEL: (Respondo a satisfacción.) Aparte

*Pone el recado de escribir y una luz sobre un  
bufete, y responde*

MONTOYA: Pues, paciencia y pasearnos.  
¿Escribes? Eres discreto.  
Embillétala, y verás  
los regalos que tendrás;  
un villancico o soneto  
conquista diez mazapanes.  
Dila que con la andadera  
la enviarás flores y cera  
para uno de los san Juanes;  
que qué puntos calzar suele;  
que si hay ataífor o caja,  
que nos dé flor de borraja,  
o, en fin, que nos bizcotele,  
o que nos saque de aquí.

GABRIEL: ("Haré de mi dicha alarde Aparte  
discreto y fiel. Dios me os guarde.  
Don Gabriel.." Bueno está así.  
Cierro, y no le sobrescribo  
porque su nombre no sé.  
Vuelvo al torno.)

*Pone el papel en el torno, y vuélvele con  
otra luz*

MONTOYA: ¿No podré,  
oh señor el más esquivo

del orbe para quien vive  
contigo, ver un adarme  
del dicho papel? ¿Matarme  
quieres? ¿Qué es lo que te escribe  
la soror encantatriz?

GABRIEL: (La esperanza y el temor,  
con la lealtad y el amor,  
desean, bella Beatriz,  
que seáis vos de este empleo  
el dueño, y no los seáis.  
¿Qué he de hacer, cuando causáis  
deseo contra deseo,  
sino enloquecer confuso?

Aparte

*Llaman por dentro al torno*

MONTOYA: No está el tiempo para gracias.  
Otra vez llaman. Deo gratias.

*Vuélvese el torno con luz y con un tabaque  
grande y curioso lleno de comida; cúbrenle unos manteles,  
y sobre ellos viene otro papel*

Sin respondernos, nos puso  
un tabaque provisor.  
¡Cuerpo de Dios! Don Gabriel,  
¡qué bien que huele!

GABRIEL: Y sobre él  
otro billete.

*Levanta MONTOYA los manteles*

MONTOYA: ¡Oh soror,  
la más callada obradora  
de cuantas amor registra!  
¡Hágate el cielo ministra,  
abadesa, correctora,

guardiana, archibispesa,  
pontifista, preste Juana!

GABRIEL: "Leed para vos."

MONTOYA: ¡Oh humana  
divina! Ponga la mesa.  
Ésta es sopa, éste es capón,  
éstos pichones, estotros  
gazapos, niños o potros;  
ternera ésta; ¡y qué sazón  
para quien está en ayunas!  
Como yo muy bien ternera.  
El pomo con la contera;  
ensalada y aceitunas,  
con la fruta de sartén.  
De tales encantamentos  
vengan a dieces y a cientos,  
per omnia saecula, amén.

GABRIEL: "Cumplid lo jurado; que en amaneciendo,  
hallaréis desembarazada la salida; y  
advertid que os va la cabeza en el secreto. Camas  
hay en que reposéis lo que os han de  
permitir --a lo que juzgo-- mis artificios; cuanto  
más os desvelaren, más tendré  
que agradeceros; aunque a participar vos mis  
cuidados, no dormiréis mucho ni poco. El  
cielo os guarde."

(¡Alto, discursos, dejad  
de atormentar mi sentido;  
obligado, agradecido  
he de ser; cualquier beldad  
de las tres puede dar pena  
amorosa al mismo sol,  
cuanto y más a un español  
pobre y estraño en Lorena.)  
Toma esa luz.

Aparte

MONTOYA: ¿Para qué?

GABRIEL: Trae todo eso.

MONTOYA: ¿A dónde vamos?

Si aquí encantados estamos,  
y hay quien regalos nos dé,  
¿no es mejor cenarlo aquí  
que probar más aventuras?  
¿Qué sabes tú si hay figuras  
de Rufalda y Malgesí,  
que nos lo quiten delante?  
Que suele salir jayán  
que se engulle un ganapán  
con carga y todo.

GABRIEL: Ignorante,  
calla y ven; que prevenida  
nos tiene quien nos regala  
cama y mesa en esa sala.

MONTOYA: Despachemos la comida  
aquí, y entremos después.

GABRIEL: Acabemos.

MONTOYA: Si te encanta  
qualque princesa o infanta,  
llámate Partinuplés.

*Vanse. Salen BEATRIZ y RICARDO*

BEATRIZ: Hicístelo de suerte  
que infinito tendré que agradecerte.  
Los que te acompañaron,  
en fin, ¿nada del caso sospecharon?

RICARDO: Al criado prendieron,  
y donde los mandé le condujeron,  
creyendo, a instancia mía,  
que hacerle alguna burla pretendía.  
No saben otra cosa.

BEATRIZ: La traza, si se logra, fue ingeniosa.

RICARDO: Los dos son mis criados,  
valientes, pero poco aficionados  
a hacer por conjeturas  
discursos.

BEATRIZ: Mis recelos aseguras;  
alguna vez, Ricardo,  
satisfacerte este servicio aguardo.  
Pártete a Italia agora,

donde el duque mi padre te mejora;  
que el cargo que te ha dado  
en Valencia del Po, cuyo condado  
le toca por herencia,  
seguro le tendrás con el agencia  
que queda a cargo mío.

RICARDO: Di ti, señora, mis aumentos fío.

BEATRIZ: Guarda tú este secreto;  
que otros más importantes te prometo.  
Mas mira que es mi gusto  
que hoy te ausentes.

RICARDO: Harélo por ser justo,  
puesto que, aunque en Lorena  
me quedara, el leal no desenfrena  
la lengua, ni el respeto  
osara yo perder a tu secreto.

BEATRIZ: Nunca yo le fiara  
de ti, si tal desaire imaginara;  
mas que te partas digo  
en todo caso hoy; lleva contigo  
los que te acompañaron.

RICARDO: Harélo así, no obstante que ignoraron  
el fin de este suceso.

BEATRIZ: Escíbeme en llegando.

RICARDO: Tus pies beso.

*Vase*

BEATRIZ: Temeridades de amor,  
¿qué intentáis con arrojaros  
sin ojos a despeñaros  
a los riesgos de mi honor?  
Aficionóme el valor  
de España, que en sus blasones  
cifró todas las acciones  
de un hombre cuyo sujeto  
perdió gallardo el respeto  
a todas mis presunciones.  
Su memoria me desvela;

enamórame su gala;  
Adonis le vi en la sala,  
airoso Marte en la tela;  
que se me ausente recela  
mi libertad, que no es mía,  
porque, enviando una espía  
a informarse de quién es,  
supo Ricardo después  
que esta noche se partía.

Valíme del industrioso  
modo de encerrarle aquí,  
hallándose amor en mí,  
como en otras, ingenioso.  
Crece, porque está celoso,  
el fuego que me acobarda;  
de los papeles que guarda,  
y curiosa le usurpé,  
que adora en España sé  
desdenes de una Gerarda.

No sé yo que cuerdo fuese  
Carlos en traer consigo  
a quien para su castigo  
tantas ventajas le hiciese.  
Justo fuera que temiese  
tan grande competidor,  
pues si a vistas sale amor,  
y éste es ya mercadería,  
rústica el alma sería  
que escogiese lo peor.

*Salen CLEMENCIA y ARMESINDA*

CLEMENCIA: Tus tristezas, Beatriz mía,  
las fiestas nos desazonan;  
tus bodas las ocasionan,  
y tu ausencia las enfría;  
apenas espiró el día  
cuando te ausentó tu pena  
de los ojos de Lorena;

será esta quinta, Beatriz,  
más que la corte feliz  
si en ella te hallas más buena.

ARMESINDA: Prima mía, tu belleza  
trata al de Orlens con rigor,  
si al principio de su amor  
pagas gozos con tristeza;  
Francia te intitula "alteza"  
porque has de ser su consorte,  
y, en fe de que eres el norte  
por quien todos nos guiamos,  
tristes la corte dejamos,  
porque tú dejas la corte.  
¿Qué tienes?

BEATRIZ: ¡Ay bella prima!  
¡Ay Clemencia! No es tan grave  
el mal, si el por qué se sabe,  
cuando con causa lastima;  
mis penas son un eni[g]ma  
difícil de declarar;  
acrecentando el pesar  
que ocasionan las estrellas;  
mi congoja influyen ellas,  
mi consuelo es el llorar.

Pasar la imaginación  
de libre al temerse ajena  
dará motivo a mi pena,  
materia a mi suspensión.  
Tengo a Carlos afición,  
y considero cuán justo  
medra mi gusto en su gusto;  
mas, pues he de ser su esposa,  
tratemos en otra cosa  
que divierta mi disgusto.

A mí me entretiene el dar,  
como a otros el recibir;  
ansí quiero desmentir  
desvelos de mi pesar;  
si me queréis alegrar,  
honre, hermana, tu belleza

los diamantes de esta pieza,  
y los de ésta, hermosa prima,  
tu pecho; tendrán la estima  
que les quita mi tristeza.

De las joyas que me dio  
Carlos, éstas he escogido  
para las dos.

*Da a CLEMENCIA una banda con una lazada de  
diamantes, y a ARMESINDA una cruz de los mismos*

CLEMENCIA: Ofendido  
las has, porque juzgo yo  
que pueden formar querellas,  
apartándolas de ti.

BEATRIZ: Mejores dueños las di.

ARMESINDA: No las he visto más bellas.

BEATRIZ: Trújolas Carlos de España.

CLEMENCIA: Nación en todo dichosa,  
hasta en las piedras airosa.

BEATRIZ: Tal clima las acompaña.  
Ponéoslas luego; estarán  
ahora en su misma esfera.

*Pónenselas*

CLEMENCIA: Cuando su valor no fuera  
tanto, si gusto te dan  
enajenadas, por ti  
toda estimación merecen.

BEATRIZ: Bizarramente os parecen.

ARMESINDA: Los duques vienen aquí.

*Salen FELIPO, CARLOS y ENRIQUE*

CARLOS: Desde que ganó el aplauso

común, habiendo salido  
de la justa victorioso  
y de parabienes rico,  
no le he vuelto a ver, y estoy  
recelándole peligros,  
porque el valor extranjero  
con gracias medra enemigos.

FELIPO: Perded, duque, esos cuidados;  
que en Francia siempre han tenido  
hidalgas estimaciones  
extranjeros bien nacidos.  
Yo le he enviado a buscar,  
y no ha tanto que le vimos  
honrar a España en Lorena,  
a costa de sus vecinos,  
que su falta os desazone.

ENRIQUE: Ya mis pesares retiro,  
con la presencia olvidados  
de las bellezas que he visto.

*Hácense cortesía caballeros y  
damas*

FELIPO: Hijas, sobrina, quejosa  
nuestra corte, el regocijo  
podrá trocar en tristezas,  
[.....-í-o.]  
¿Por qué tan presto a Floralba?

BEATRIZ: Juzgo, señor, por prolijo  
el tiempo que aquí no empleo;  
críeme en estos retiros,  
y no sé hallarme sin ellos.

CLEMENCIA: Como a madama seguimos,  
y sin ella estamos solas,  
fuerza el imitarla ha sido.

FELIPO: Los generosos en Francia,  
por escusar el bullicio  
de la confusión plebeya,  
morán quintas y castillos;



en todo perfecto os hizo.

GABRIEL: Honra, señor, vueselencia  
extranjeros; y yo estimo  
más el favor que me hace,  
y el estar en su servicio,  
que las prendas que encarece  
--y no tengo.

ENRIQUE: Vos sois digno  
de la privanza con Carlos,  
venturoso en elegirlos.

GABRIEL: Bésoos la mano mil veces.

ENRIQUE: Hemos de ser muy amigos.

GABRIEL: Muy vuestro esclavo, señor,  
es sólo el nombre que admito.

*Hablan aparte CARLOS y don GABRIEL*

CARLOS: ¿Qué juzgas de mis empleos,  
don Gabriel? ¿Qué del prodigio  
de la belleza que adoro?  
¿No es milagro?

GABRIEL: Es un hechizo  
de voluntades, un cielo,  
un sol, un fénix, un...

CARLOS: Dilo.

GABRIEL: ...un --¡ay amor que me abraso!--  
querubín de este paraíso.

CARLOS: Mientras deidad no llames  
a Clemencia, poco has dicho.

GABRIEL: ¿A quién, señor?

CARLOS: A Clemencia.

GABRIEL: ¿Y no a Beatriz?

CARLOS: Desatino;  
vínose a la lengua el alma.  
Si tiene en ella dominio,  
¿cómo la desmentiré,  
desmintiéndome a mí mismo?  
Digna es Beatriz del imperio;  
mas no debe hallarse digno

mi amor de sujeto tanto;  
por eso a Clemencia elijo.

GABRIEL: (¡Pedidme albricias, deseos!)

Aparte

CARLOS: Por más que llamas resisto,  
ni puedo, Gabriel, ni quiero  
dar licencia a mi albedrío.  
Clemencia ha de ser mi esposa,  
yo su esclavo, tú mi amigo,  
como no me disüadas  
que la adore.

GABRIEL: Yo te sirvo.

CARLOS: Dilataré por ahora  
mis bodas; de un rey soy hijo,  
del que está reinando hermano;  
de su poder participo;  
perdone Beatriz.

*Vase*

GABRIEL: (Deseos,  
a mi amor os habilito;  
lealtad, ya os quitan estorbos;  
alma, amad, que no os lo impido.

Aparte

Los ojos de cuando en cuando  
ocupan en mí benignos  
Clemencia y su prima bella;  
sola Beatriz no ha querido  
favorecerme con ellos.  
Si señas sirven de indicios  
a certidumbres dudosas,  
y en Beatriz no las animo,  
no es Beatriz quien bien me quiere.  
¡Ay, pensamientos ambiguos!  
Sin competencia de Carlos,  
con mis temores compito.)

ENRIQUE: Un torneo hemos trazado  
esta noche; mi padrino  
habéis de ser, porque espero  
que le mantendré lucido



será en belleza un prodigio.)

*Vase*

GABRIEL: (Esto está ya declarado. Aparte  
¡Gracias a Dios que averiguo,  
a pesar de obscuridades,  
geroglíficos de Egipto!  
¡Ay Beatriz, que he de perder  
mi esperanza, agradecido  
a favores no buscados,  
mas, por cortés, admitidos!

*Pasa CLEMENCIA*

Clemencia es ésta, ¡y aquélla  
la cruz que de mi martirio  
fue instrumento, y de Gerarda,  
no diamantes, sino vidrios.  
¿Qué es esto, sueños  
despiertos?  
¿Ojos, podré desmentiros?  
¿Alma, podré recusaros?  
¿Amor, podré reprimiros?)

*A don GABRIEL*

CLEMENCIA: Yo conozco, don Gabriel,  
cierta dama que me ha dicho  
que tiene el gusto español  
después que en Francia os ha visto.

*Vase*

MONTOYA: (Bergamota es esta pera; Aparte  
madura está, ¡vive Cristo!

vaya con cáscara y todo;  
que no has menester cuchillo.)

GABRIEL: (Yo estoy loco, yo lo sueño;  
de mí propio me distingo;  
no os doy crédito, ilusiones;  
no os escucho, no os admito.

Aparte

*Pasa por delante de él BEATRIZ sin mirarle,  
leyendo un papel*

Beatriz grave y desdeñosa  
aun no me ha juzgado digno  
objeto para sus ojos.  
¡Qué imperiosos y qué esquivos!  
Pero alentaos, esperanzas;  
recobraos, amor perdido,  
pues trae la firmeza al pecho  
que idolatran mis suspiros.  
De señora ha mejorado;  
pasó al hermoso dominio  
de un sol que rayos coronan,  
de un cielo que hospeda signos.  
De Gerarda fue; ofendíola  
--como es mudable-- su olvido;  
firmeza es, busco firmezas;  
si en ellas me hiciese rico,  
guarnezca constelación  
del globo celeste el cinto  
tachonado de oro eterno,  
que al sol adorne el camino.  
Leyendo un memorial pasa.)

*Vase BEATRIZ*

MONTOYA: Ésta es de casta de pinos;  
rollo espetado y derecho  
parece de pergamino.

GABRIEL: (Las demás me favorecen

Aparte

hablándome, ¡y aun no quiso  
siquiera Beatriz mirarme!  
Amor, si sois discursivo,  
filosofead ingenioso.  
¡Vive Dios, que hay escondido  
en esto más de un misterio!  
Problemas, ya soy Edipo.  
¿De palabras favorables  
las dos y humanas conmigo,  
y Beatriz, toda severa,  
con tal silencio? Este aviso  
es examen de mi ingenio;  
certidumbres sois, indicios;  
las señas fueron no hacerlas;  
cifras con cifras descifro.  
Para deslumbrarme más,  
las joyas ha repartido  
en todas; y con no verme,  
quiere que viva advertido  
de lo que el secreto importa.  
Esto es lo cierto, esto sigo;  
amar por señas sin señas  
sabrán los bien entendidos,  
sirviéndoles yo de ejemplo.)  
Vamos, Montoya.

MONTOYA:                    Bendito  
el amo primero sea  
que "Vamos, Montoya" dijo.

## FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

*Salen FELIPO, leyendo en voz alta una carta,  
CARLOS, ENRIQUE, BEATRIZ, y don GABRIEL*

FELIPO: "Duque primo; aunque con mi gusto y  
permisión se partió mi hermano a  
desposarse con Beatriz vuestra hija,  
importa a mi servicio que por agora  
se suspenda ese casamiento o se ejecute  
con su hermana Clemencia. Yo estoy  
viudo, Francia sin heredero, Beatriz  
digna de más alta fortuna, vos propincuo  
a nuestra sangre, y mi corona deseosa  
de sujeto que la merezca. Considera  
las mejoras que de esta acción se os  
siguen, y la obligación que os corre  
a cumplir lo que os ordeno. Yo el Rey"

Esto el rey nuestro señor  
me escribe.

CARLOS: Fuerza ha de ser,  
por no irritar su rigor,  
sentir, al obedecer,  
los malogros de mi amor.

No sin causa mis recelos  
mis bodas apresuraban;  
pues, profetas mis desvelos,  
en calma pronosticaban  
la tormenta de mis celos.

Deme Clemencia la mano,  
si en tal pérdida merezco  
el bien que con ella gano,  
y sepa que le obedezco  
el rey, mi señor y hermano.

ENRIQUE: Eso no, duque, eso no;  
prendas que en el alma estimo  
no he de enajenarlas yo;  
mi sangre es real, vuestro primo  
me llama Francia; no os dio  
más acción naturaleza  
que a mí, ni las majestades  
ofenderán su grandeza;  
amor, de las voluntades

es rey, si vos sois alteza;  
Clemencia está agradecida  
a mi voluntad, Clemencia  
dirá, de vos ofendida,  
que no es el amor herencia  
que se ha de usurpar en vida.

CARLOS: Duque, yo a Beatriz adoro,  
y a mi rey vivo sujeto;  
su padre está aquí...

ENRIQUE: No ignoro  
que pretendéis en secreto  
mudanzas contra el decoro  
que en su hermosura ofendéis,  
y que al rey, a quien echáis  
la culpa que vos tenéis,  
no es mucho que obedezcáis,  
si os manda lo que queréis.

Dueño soy de prometido  
de Clemencia; mi fe labra  
en ella amor más que olvido,  
su padre me dio palabra  
de su esposo; ésta le pido,  
y ésta, cuando se me niegue,  
buscará satisfacción  
armada.

FELIPO: Duque, no os ciegue  
sin discurso la pasión  
tanto que a perderos llegue.

A Clemencia os ofrecí,  
subordinando en mi rey  
palabras que entonces di.

ENRIQUE: ¿Esa es nobleza? ¿Esa es ley?

No tiene dominio en mí  
el rey de Francia; mi estado  
sólo al César reconoce,  
de Francia privilegiado.  
Primero que Carlos goce  
la prenda que me ha usurpado,  
la venganza y el rigor  
atajará inconvenientes;

mi agravio tiene valor,  
poder y armas mis parientes,  
celos fuerzas, y yo amor.

*Vase*

FELIPO: No sin causa está quejoso;  
que es amante y ofendido.  
Templarle será forzoso;  
que va con razón sentido,  
y es Enrique poderoso.

*Vase*

BEATRIZ: Muestras habéis, duque, dado  
en la mudanza presente  
de que sois cuerdo obediente,  
pero poco enamorado.  
El interés coronado  
probar mi firmeza quiso,  
pero ofendida os aviso  
que es tanta la presunción  
de mi altiva inclinación  
que a mis pies sus lises piso.  
Yo apetezco rendimientos,  
finezas y voluntades,  
no ambiciosas majestades  
que amenazan escarmientos.  
Yo penetro pensamientos  
que honestáis con la apariencia  
de la hipócrita obediencia  
que conmigo os disculpó.  
Yo conozco al rey, y yo  
sé que adoráis a Clemencia.

*Llora mirando a CARLOS, vuelve luego la cabeza a  
don GABRIEL, ríese y se va*

CARLOS:        Gabriel, detenla, repara  
que, corrido de ofenderla,  
es un rayo cada perla  
que contra mi amor dispara.  
Cuando nunca adivinara  
las mudanzas que no ignora,  
quien tales hechizos llora  
y ansí mis agravios juzga,  
¿qué mucho que me reduzga,  
si castigando enamora?  
      Mejórese mi cuidado;  
alma, mudemos de estilo;  
imagen soy de Perilo;  
mi tormento me he labrado.  
¡Ay cielos! Si enamorado  
mi hermano ocasiona extremos,  
alma, ¿cómo viviremos?  
Ciego niño, pues sois dios,  
estudiad palabras vos  
con que la desenojemos.

*Vase*

GABRIEL:        ¡Lágrimas a Carlos, cielos,  
y al mismo tiempo con risa  
mirándome quien me avisa  
que hay gustos entre desvelos!  
Beatriz llora, y me da celos,  
Beatriz con risas provoca  
mi esperanza, o cuerda o loca;  
¿a quién creeremos, enojo,  
a las perlas de sus ojos  
o a la risa de su boca?  
      Llorando, a Carlos miró,  
riyéndose, me asegura;  
con llanto a Carlos conjura,  
con risa mi fe alentó;  
nunca en los ojos mintió

el amor cuando suspira;  
que el engaño habla y no mira,  
y aposenta la beldad  
en los ojos su verdad,  
en los labios su mentira.

Según esto, a Carlos dijo  
verdades en que mostraba  
pena porque la olvidaba;  
que amor de la vista es hijo.  
Según esto, ya colijo  
que, en confusión tan precisa,  
quien me desdeña me avisa;  
¿quién vio jamás, ciego encanto,  
los favores en el llanto,  
los desdenes en la risa?

Pero si Beatriz no fuera  
quien mi esperanza alentara,  
ni con el duque llorara,  
ni conmigo se riyera.  
Llora porque considera  
muerto a Carlos; no me espanto  
si, aborreciéndole tanto  
que sin vida desea verle,  
las obsequias quiso hacerle  
con el luto de su llanto.

Llore por él, si es castigo  
de su leve voluntad;  
que siempre es noble piedad  
llorar por el enemigo.  
Ríase Beatriz conmigo,  
porque esperanzas pequeñas  
medren con muestras risueñas  
la fe que conservan viva;  
que en ellas mi amor estriba,  
pues tengo de amar por señas.

*Quédase suspenso y no repara en CLEMENCIA  
que sale con un billete abierto*

CLEMENCIA:     (¿En el suelo tal papel?     Aparte

Poco le debe al cuidado  
de quien perderle ha dejado  
el español don Gabriel.

En el cuarto de mi hermana  
le dejó el descuido en tierra;  
si es ella quien me hace guerra,  
saldréis, esperanza, vana.

¡Papel de tanta importancia  
y con tan poca advertencia  
que le olvida la imprudencia,  
cuando cada circunstancia  
de las que en él he leído  
amenaza con agravios,  
si le publican los labios,  
a destierros del olvido!

¿Don Gabriel juramentado  
a no partirse, y a amar  
por señas que le han de dar,  
mudo siempre su cuidado?

¿Y que lo firma, y que ofrece  
alcanzar por conjeturas  
cuál de las tres hermosuras  
en palacio le enloquece?

¿Si será Beatriz? Mas no;  
que ésta ya, toda arrogancia,  
reina se sueña de Francia.  
Pues no soy su autora yo.

Según esto, nadie ha sido  
sino Armesinda quien quiere  
que esperando desespere  
el español. No ha tenido  
hasta agora voluntad,  
que yo sepa, a quien desvelos  
deba de amor o de celos;  
que éstos piden más edad.

Si es ella, pues, sutileza  
notable abona su amor;  
¿qué ha de hacer cuando mayor  
quien niña con esto empieza?

Ahora bien, por señas quiere  
desmentir publicidades;  
prosigamos novedades  
que no alcance quien las viere.

Aquí el español está.  
¡Qué suspenso, qué elevado!  
El primer enamorado  
sin saber de quién será,  
    porque si de tres es una  
y no conoce a quién es,  
mientras pretendiere a tres,  
no vendrá a tener ninguna.)  
¡Don Gabriel!

*Don GABRIEL vuelve como de una profunda  
suspensión*

GABRIEL:                   ¿Señora mía?

CLEMENCIA:   Retirado os han los ojos  
contemplativos enojos  
al alma; mas ¿qué sería  
    que mereciese Lorena  
ofreceros la ocasión  
de tan tierna suspensión?

GABRIEL:    Sabrosa fuera esa pena;  
    mas ni yo la he merecido  
ni, extraño aquí, me prometo  
tanto bien.

CLEMENCIA:               Siempre el secreto  
es blasón de bien nacido.  
    Habíanme dicho a mí  
que una hermosa tiranía  
blasonaba que os tenía  
sin alma.

GABRIEL:               ¿En Lorena?

CLEMENCIA:               Sí,  
    y que, aumentándoos suspiros,  
entre apacible y cruel,  
os obligó en un papel

a prometer no partiros  
sin gusto suyo.

GABRIEL: (¡Ay cuidado! Aparte  
Si señas buscando andáis,  
ya las tenéis; ¿qué dudáis?)  
¿Papel?

CLEMENCIA: Y en él empeñado  
el valor que obliga a un hombre  
de vuestra sangre y talento;  
su fiador, un juramento,  
y su firma vuestro nombre.

GABRIEL: (Probar quiere de la suerte Aparte  
que cumplo el saber guardar  
secretos; yo he de negar  
las señas con que me advierte,  
mientras más no se declara,  
y a lo contrario me obliga.)  
No sé, señora, qué diga  
a mentira que es tan clara.  
¿Yo papel, yo juramentos?  
¿Yo empleo en esta ciudad?

CLEMENCIA: Pues lo negáis, escuchad;  
oíd encarecimientos  
que, de puro exagerados,  
vuestro crédito recelan.

GABRIEL: Si a algún celoso desvelan,  
gran señora, mis cuidados,  
y intenta con ese ardid  
perseguirme...

*CLEMENCIA muestra el papel que él  
escribió*

CLEMENCIA: Don Gabriel,  
vuestro es aqueste papel,  
vuestra aquesta firma. Oíd.

"Ensoberbeciérame la dicha de tan no  
esperado bien, si la experiencia de

mis pocos méritos no me avisara ser  
más curiosidad de saber a lo que se  
estiede el talento de los españoles  
que empleos fuera de los límites de  
sujeto tanto. Mas como quiera que sea,  
mi señora, yo estoy dispuesto a  
obedeceros en todo, y ansí desde hoy  
viviré muy subordinado a vuestras  
órdenes, jurando por la fe de caballero  
de no ausentarme de esta corte sin  
vuestro espreso gusto, de desvelar mis  
sentidos hasta averiguar--como mandáis--  
por señas cuál de las tres bellezas  
superiores de esta casa me dispone a  
tanta dicha, y de no comunicar con  
viviente mercedes tan deudoras del  
silencio, sujetándome al castigo  
propuesto, si le profanare, y apercibiendo  
desde aquí los ojos, en cuyo estudio haré  
alarde de mi suerte. El cielo os guarde  
para felicidades superiores, etc.  
Don Gabriel Manrique."

Decid que no es vuestra ahora  
la carta de obligación  
que os tiene casi en prisión.

GABRIEL: Si habéis vos sido la autora  
del examen que queréis  
hacer de mi ingenio corto,  
y yo la lengua reporto  
con el recato que veis,  
¿para qué más confusiones,  
equivocando las señas  
que entre esperanzas pequeñas  
atormentan mis pasiones?  
Vuecelencia ¿qué procura?  
¿A qué propósito agora  
leerme el papel, señora,  
que os escribió mi ventura?  
¿He yo acaso delinquido

contra lo que en él prometo?  
¿Comuniqué su secreto,  
loco de favorecido,  
con persona que se alabe  
que mi palabra rompí?  
Desde el punto que seguí  
al que vucelencia sabe,  
favorable robador  
de mi caudal --ya dichoso  
por ser vos su dueño hermoso--  
hasta agora, ¿en qué el valor  
que profeso os ha ofendido?  
¿He dicho yo la ocasión  
de mi agradable prisión,  
encerrado y detenido  
en el cuarto cuyo adorno  
sólo pudo vuestro ser?  
¿Quién hay que pueda saber  
lo de la sala y el torno,  
la industria ingeniosa y nueva  
de entregarme a mi criado,  
el hospicio regalado,  
de quien sois ilustre prueba,  
los dos papeles discretos  
al paso que misteriosos,  
que me intiman amorosos  
la guarda de estos secretos,  
la afable serenidad  
que, cuando libre salí,  
en vuestro semblante vi,  
y luego...?

CLEMENCIA: Tened, parad;  
que vais confundiendo cosas  
de algún frenesí compuestas.  
¿Qué torno o salas son éstas?  
¿Qué prisiones misteriosas?  
¿Qué robador, qué criado?  
Don Gabriel, ¿estáis en vos?

GABRIEL: No sé, señora, por Dios;  
débolo de haber soñado.

Si secretos que sabéis  
esos mismos estrañáis,  
si tantas señas negáis,  
y conmigo os ofendéis  
    porque con vos me disculpo,  
mucho os debe de importar  
el verme desatinar.  
Mi atrevida lengua culpo;  
    no se trate más en esto.

CLEMENCIA:   ¿Yo a vos dos papeles? Yo  
    joyas robadas? ¿Quién vio  
    frenesí tan manifiesto?

GABRIEL:      Ilusión debió de ser.

CLEMENCIA:   ¿Hacia qué parte de casa  
    cae el cuarto donde pasa  
    tanto engaño? ¿En qué mujer  
    sospecháis que pudo haceros  
    burlas que fingiendo estáis?

GABRIEL:      Si a vos misma os preguntáis,  
    podréis por mí responderos;  
    que yo no oso declararlo.

CLEMENCIA:   ¿Un torno decís que había  
    en la sala que os tenía  
    preso?

GABRIEL:      Debí de soñarlo.

CLEMENCIA:   Enseñad los dos papeles  
    que esa dama os escribió.

GABRIEL:      Señora...

CLEMENCIA:              Mándooslo yo.

GABRIEL:      Los bien nacidos son fieles.

    Mientras no tenga evidencia  
de que vos la beldad fuistes  
que estas cosas dispusistes,  
bien podrá vuesa escelencia  
    con mi muerte en su rigor  
esperimentar aprietos,  
mas no saber los secretos  
que hacen prueba en mi valor.  
    Morir honrado, eso sí;  
manchar mi fama, eso no.

CLEMENCIA: ¿Y os persuadís a que yo  
la dama encubierta fui  
que quiso experimentar  
con traza y modo tan nuevo  
vuestro ingenio?

GABRIEL: No me atrevo,  
por no ofenderos, a hablar.

CLEMENCIA: Acabad, no me enojéis;  
éste es mi gusto; que intento  
saber con qué fundamento  
de los discursos que hacéis  
la persona adivináis  
que os obliga a amar por señas.

GABRIEL: No son, señora, pequeñas  
las que en ese papel dais,  
aunque me arriesgue a arrojarme  
en tal golfo.

CLEMENCIA: ¿Queréis bien,  
en fin, sin saber a quién?

GABRIEL: ¿De qué sirve examinarme  
en cosas que vos sabéis,  
y yo nunca he de deciros?

CLEMENCIA: ¡Que podáis vos persuadirlos  
a que yo os amo! ¿No veis  
que, siendo Enrique mi igual,  
y vos extraño...?

*Sale un PAJE*

PAJE: Madama,  
a vuestra escelencia llama  
el duque mi señor.

*Vase*

CLEMENCIA: Mal  
vuestras señas conjeturan;  
examinadlas mejor.

A Carlos le debo amor;  
los servicios me aseguran  
de Enrique; estad advertido,  
ya que os habéis empeñado,  
en que no todo llamado  
alcanza ser escogido,  
y que ardides ingeniosos,  
joyas poco defendidas,  
prisiones favorecidas,  
papeles dificultosos,  
torno, salas y ocasiones  
son exámenes discretos  
de vuestro ingenio y secretos;  
id averiguando acciones,  
ya advertid, si imagináis  
que de lo que ha sucedido  
yo, Gabriel, la autora he sido,  
que acertáis y no acertáis.

*Vase*

GABRIEL: ¿Cómo, si acierto, no acierto?

¡Válgate Dios por mujer!  
Otra vez me vuelvo a ver  
en el golfo y en el puerto;  
otra vez confuso advierto  
la paradoja importuna  
de mi equívoca fortuna.  
No hay que dudar; Clemencia es  
la que es una de las tres,  
y de las tres no es ninguna.  
Acertar y no acertar  
¿no es lo mismo? ¿De qué suerte  
será posible que acierte  
en lo que es forzoso errar?  
Si por señas he de amar,  
que Clemencia me ama es cierto.  
¡Ay cielos! Sueño despierto,  
pierdo cuanto estoy ganando,

soy lince y a oscuras ando,  
y en fin acierto y no acierto.

*Sale CARLOS*

CARLOS: Gabriel, Beatriz celosa  
merece por discreta, por hermosa,  
ocupar mis desvelos  
en tierna suspensión, no en darla celos.  
Mas si a Clemencia miro,  
olvidando a Beatriz, luego retiro  
el primer pensamiento;  
y de no darla el alma me arrepiento.  
Inclíname Clemencia,  
móvil de mis sentidos su presencia,  
y, loco en este empleo,  
de ella me aparto, y a su hermana veo,  
que, volviendo a rendirme,  
culpa mi poca fe de poco firme;  
y, entre las dos perdido,  
en círculo mi amor desvanecido,  
de mis deseos esclavo,  
vuelvo ciego a empezar por donde acabo.  
¿Qué haré cuando navego  
entre Escila y Caribdis?

GABRIEL: (Mal un ciego, Aparte  
si no es que desvaría,  
a otro ciego servirá de guía.)

CARLOS: ¿Qué dices?

GABRIEL: Que si adora  
a tu Beatriz el rey y te enamora,  
como dices, Clemencia,  
sigas tu inclinación y su obediencia.

CARLOS: ¡Ay cielos, que te engañan  
quimeras que mis penas enmarañan!  
A instancia sólo mía  
el desposorio estorba; mi porfía  
y el amor que me tiene  
hizo escribir la carta que previene

en mí nuevos desvelos.  
¡Pluguiera a Dios que el rey me diera celos  
con Beatriz, que a Clemencia  
me obligara a olvidar su competencia!  
Mira, español discreto,  
amor sin competir pierde el afeto  
con que se perficiona;  
con celos sus quilates proporciona.  
Si a Clemencia ama Enrique,  
¿qué mucho que celoso sacrifique  
mi gusto a sus deseos?  
En lo fácil amor no logra empleos.  
Beatriz no tiene amante  
que en su favor feliz se me adelante;  
por esto en su belleza,  
con ser tanta, se engendra mi tibieza.  
Pienso yo --y es sin duda--  
que, si de objetos mi esperanza muda,  
es porque en mi deseo,  
sin ser difícil, a Beatriz poseo,  
y que en otro empleada  
Clemencia, cuanto más dificultada,  
es más apetecida;  
que amor con imposibles cobra vida.  
Ven acá; haz una cosa,  
y encenderásme tú en Beatriz hermosa;  
dame con ella celos.

GABRIEL: ¿Qué dices, gran señor?

CARLOS: En ti los cielos  
gracias depositaron,  
Gabriel, que mis deseos envidiaron;  
digno eres que compitas  
con sujeto mayor.

GABRIEL: Desacreditas  
tu discreción con eso.

CARLOS: Tú eres mi amigo fiel, yo estoy sin seso;  
finge que, enamorado  
de Beatriz, y en España potentado,  
por verla te humillaste  
a servirla, y tus prendas disfrazaste.

Si en mi amistad apoyas  
la tuya, don Gabriel, daréte joyas  
con que este engaño ostentes  
y allanes, dadivoso, inconvenientes.  
Reparte, desperdicia,  
gasta Alejandro, colma la codicia  
de avaros medianeros;  
que las alas de amor son los dineros.  
Doradas flechas tira;  
yo apoyaré industrioso tu mentira.

GABRIEL: Vaya, pues tú lo quieres;  
mas no formes de mí, cuando me vieres  
por tu gusto empeñado,  
quejas que den tormento a tu cuidado.

CARLOS: ¡No has de amarla de veras!

GABRIEL: No, que son mis lealtades verdaderas,  
puesto que amor, que es loco,  
acaba en mucho, aunque comience en poco.

CARLOS: Ven, que no me fiara  
de ti si en tu lealtad no edificara  
la máquina presente.  
Tenga amor yo a Beatriz perfectamente;  
que en tu amistad presumo  
que si el azogue se resuelve en humo  
después que el oro afina,  
amor que con los celos se examina  
sabrá, apartado de ellos,  
en humo como azogue resolvellos.

GABRIEL: El que en azogues trata,  
si no la vida, su salud maltrata;  
pues tal vez le sucede  
que con temblores de azogue quede,  
y otro se lleve el oro.  
Teme el riesgo, señor, que yo no ignoro;  
pues dice un avisado  
que es todo uno celoso y azogado.

*Vanse. Sale ARMESINDA*

ARMESINDA: El amor y la sospecha  
nacieron en una casa;  
ciego aquél, todo lo abrasa;  
lince ésta, todo lo acecha.  
Después que mal satisfecha  
miro acciones  
de este español, mis pasiones  
conjeturan  
que ausentes penas le apuran  
la paciencia que retira  
el alma. A solas suspira;  
suspensiones le procuran  
enajenar de beldades  
que, usurpando voluntades,  
materia dan a desvelos,  
porque, sin amor y celos,  
nadie busca soledades.  
¿Hablando siempre entre sí  
quien lances de amor ignora?  
No es posible; luego adora.  
¿Dónde, pues, si no es aquí?  
Será en su patria --¡ay de mí!--.  
¡Que entre engaños  
lloran mis primeros años  
competencias  
que disfrazan apariencias  
y, en tan riguroso extremo,  
temiendo, no sé a quién temo!  
Amo aquí y envidia ausencias  
que ocultas muerte me den;  
¿quién quiso hasta ahora bien  
que a comparárase venga,  
ni quién --¡cielos!-- hay que tenga  
celos sin saber de quién?

*Sale MONTTOYA*

MONTTOYA: Cuanto sueño, cuanto miro  
desde la noche pasada

se me antoja chimeneas,  
guindaletas, tornos, trampas,  
aventuras, estantiguas,  
monjas, jayanes, fantasmas,  
quintas, castillos, quimeras.  
¡Válgate el diablo la casa!

ARMESINDA: (Éste sirve a don Gabriel      Aparte  
y, trayéndole de España,  
sabrás quién es la belleza  
que ausente tan mal le trata;  
informarme de él pretendo.)

MONTOYA:      Alrededor se me anda  
cuanto topo, cuanto piso;  
garatusas, musarañas  
me parece cuanto veo.

ARMESINDA:    ¡Hola!

MONTOYA:      Vuescelencia añada  
dos "eles" y una "a" al tal "ola",  
vendréme a llamar "Olalla".

ARMESINDA:    ¿A quién servís?

MONTOYA:      Pues yo ¿sélo?  
Cristiano soy por la gracia  
de Dios; serviréle a él,  
y después de Dios al papa  
que en su iglesia vicariza,  
y tras éste al rey de España,  
hasta tener lamparones  
que me cure el rey de Francia.  
Luego a don Gabriel Manrique,  
a quien en palacio embauca  
un duende monjitornero,  
que invisible nos regala.

ARMESINDA:    Venid acá.

MONTOYA:      Estoy venido.

ARMESINDA:    ¿Sabréis decirme la causa  
que tanto melancoliza  
a vuestro dueño?

MONTOYA:      ¿No basta  
a entristecer cuatro bodas  
una noche toledana,

un torno tras un torneo,  
una maleta mamada,  
una cena por tramoya,  
tres billetes y dos camas?

ARMESINDA: ¿Qué decís, estáis en vos?

MONTOYA: Debo estar en Guatemala,  
y mi dueño en Guatebuena;  
despertadme vos, madama,  
tirándome las narices.

ARMESINDA: (Éste es loco.)                      Aparte

MONTOYA:                      ¿Sois la infanta

Lindabrides, a lo Febo,  
a lo amadisco, Oriana,  
Gridonia, a lo Primaleón,  
Micomicona, a lo Panza,  
o a lo nuevo quijotil,  
Dulcinea de la Mancha?  
¿Qué desmesura vos puso  
en tanta cuita? ¿Qué fadas,  
qué Artús encantadero  
tal ferrosura maltrata?  
¿Quién vos hizo tuerto o vizco?  
¡Mal haya el torno, mal haya  
el sortijo de Brunelo,  
si quien vos busca no os halla!  
No os le volváis a la boca.

ARMESINDA: Hombre, ¿sabes con quién hablas?

MONTOYA: Con Angélica la bella,  
tan bella como bellaca;  
si no, dígalo Medoro,  
aquel morisco sin barbas,  
que diz que la hizo dueña  
en una choza de paja.

ARMESINDA: Descortés, descomedido...

MONTOYA: Si se ensuegra, si enmadrastra  
porque esta nigromancia  
la trapeó lo que pasa,  
oiga verdades tan puras  
que no tienen pizca de agua,  
porque, a tener media gota,

nunca yo se las contara.  
¡Vive Dios, que está mi seso  
con todas las zarandajas  
de cuerdo a prueba de brujos,  
que nos hacen garambainas!  
Va de cuento; mi señor  
--después de las alabanzas  
que en el sarao y torneo  
le dieron duques y daifas--,  
sin comunicar conmigo  
secretos --que me los guarda,  
no sé yo con qué conciencia,  
siendo toda su privanza--,  
sin chistárselo a persona,  
de noche ensillar me manda  
y, dejando estos países,  
iba a enfardelar a Holanda.  
Brindóle el sueño dos millas  
de esta selva encantusada,  
que a esta quinta --o a esta sexta--  
sirve de sombra o guirnalda;  
y, apeándose en su centro,  
mientras convida a ensalada  
a nuestro frisón la yerba,  
perejil de la cebada,  
recostado en el cojín  
y yo dormido en estatua,  
--quiero decir, como grullo--,  
la luna entre yema y clara  
le hurta un hombre la maleta.  
Corre en su alcance, la espada  
"en puribus", por el bosque;  
y yo, abriendo las pestañas,  
oigo cuitas del rocín,  
cuarteado de dos maulas.  
Quise desfacer el tuerto,  
pero por detrás me agarran  
dos Galalones monsiures;  
ojos y boca me embargan  
y, sin decir chus ni mus,

las manos a las espaldas,  
en la silla atado el cuerpo,  
y en Sansueña presa el alma,  
a oscuras corro la posta,  
hasta que después me abajan,  
luego a un tejado me suben  
y, al cabo de esto, me envainan  
por un esmeril de yeso,  
guindándome hasta una sala,  
sin haberse otra vez visto  
lacayo por cerbatana.

Conocímonos a ciegas  
mi dueño y yo, y a mi instancia,  
desencordelado el cuerpo,  
las lumbreras me destapa;  
pero entrambos tan a oscuras  
como antes, porque la cuadra,  
avarienta de un candil,  
sin luz nos desatinaba.

Alternábamos a versos  
él y yo nuestras desgracias,  
con temor de otras peores,  
y hétele que a un torno llama  
no sé quién; fuimos a tienta  
y, respondiendo "Deo gratias",  
se nos vuelve el bofetón  
y, sin hablarnos palabra,  
nos presenta dos bujías  
encendidas y una carta,  
con papel, pluma y tintero.

Mi dueño de mí se aparta;  
leyó para sí el billete;  
treinta veces le repasa,  
santiguando el frontispicio;  
pregúntole el por qué, y calla;  
mas, respondiendo con otro,  
vuelve la atahona, y halla  
tercer billete, y con él  
una pródiga canasta  
de potable y comestible.

Gozamos de la abundancia  
y, acostándonos repletos  
en dos magníficas camas,  
despertamos a las trece,  
hallamos la puerta franca  
y, atravesando salones,  
dignos todos de un patriarca,  
nos hallamos a la vista  
de tres duques, tres madamas  
y tres mil encantamientos.  
Esto, en suma, es lo que pasa,  
y lo que yo alcanzar pude;  
juzgue ahora, siendo alcalda,  
si es maravilla que crea  
que de Medusas y Urgandas  
está este palacio lleno,  
y que alguna nigromanta  
enmaga con su hermosura  
a cuantos viven en casa.

ARMESINDA: A no teneros por loco  
y juzgar que disparatan  
vuestros discursos enfermos,  
no sé lo que maliciara  
de todas esas quimeras.

MONTOYA: Voto a toda una semana  
de fiestas y de domingos,  
aunque entre en ellos la pascua,  
que es lo que digo tan cierto  
como que hay bellezas calvas  
que se solapan con moños,  
que hay títulos con mohatras,  
que hay doncelleces con hijos,  
que hay tintoreros de barbas,  
y que hay dientes de alquiler  
que se mudan.

ARMESINDA: Basta, basta.  
En fin, ¿a vos os trajeron  
a un cuarto de nuestra casa  
y a vuestro señor también,  
por engaño?

MONTOYA: Por fayancas  
nocturnas y encantatrices.

ARMESINDA: Pues ¿qué hizo entonces la espada  
de vuestro dueño que, ociosa,  
de dos hombres no os libraba,  
siendo español tan valiente?

MONTOYA: Pues contra encantos ¿hay armas  
que defiendan a un Golías?  
Cuando se le antoja, saca  
un libro enano del seno  
el nigromanto o la maga  
y, en leyendo dos renglones,  
a pares los grifos bajan  
que desmayan Palmerines,  
y los llevan en volandas  
a la isla de las lechuzas.  
Poco sabe de las chanzas  
de un Fristón encantador  
contra príncipes de Jauja.

ARMESINDA: ¿Torno la pieza tenía?

MONTOYA: Mantenía y torneaba,  
pues a las tres torneaduras  
cena nos dio torneada.

ARMESINDA: ¿Y no sabéis, en efeto,  
lo que contienen las cartas  
o papeles?

MONTOYA: Pretendiólo;  
pero, sacando la daga  
contra mí --mal le conoce--,  
me echó mucho en hora mala;  
que para vuesa escelencia  
no hay secreto de importancia  
que le reserve mi boca.

ARMESINDA: Cosas me contáis estrañas.  
Recibid esta cadena.

MONTOYA: ¿Para qué?

ARMESINDA: Para trocarla  
por un secreto que intento  
fiaros.

MONTOYA: ¿Cadena? ¡Guarda!

Non fago yo esas sandeces.

ARMESINDA: ¿Por qué?

MONTOYA: Temo, siendo maula,  
que en carbón me la conviertan  
los duendes de esta posada.

ARMESINDA: Bueno está ya de locuras;  
acabad.

MONTOYA: Tómola. Vaya  
de interrogación ahora.

ARMESINDA: ¿A quién, decid, en España  
tuvo don Gabriel amor?

MONTOYA: Una ninfa toledana  
sospechamos que le puso  
tal vez silla y tal albarda  
los que andábamos con él.

ARMESINDA: ¿Que lo sospechaste?

MONTOYA: Guarda  
mi señor tanto secreto  
que, con darnos leche un ama  
y fiarme la despensa,  
no me fía una palabra.  
Pero como amor es niño,  
y los niños nunca callan,  
sacamos por los gorjeos  
quién es a quien dice "mama".

ARMESINDA: Y ¿quién era la dichosa?

MONTOYA: Era y es una Gerarda,  
digna de todo un cabildo  
de Píramos.

ARMESINDA: ¿Muy bizarra?

MONTOYA: Tan bizarra y gentil hembra  
que, a no ser desmantelada,  
con guarniciones de fría  
entre desaires de larga  
y presunciones de boba,  
pudiera ser archidama.

ARMESINDA: Pintámela, si sabéis.

MONTOYA: Va de pintura en estampa.  
Semirubia de cabellos,  
frente desembarazada,

cejas buenas, ojinegra  
--ya no se usan ojizarcas--,  
puesto que eran más ojetes  
que ojales las luminarias,  
por lo pequeño y redondo,  
que en las fermosas se rasgan.  
Las mejillas, por extremo,  
ni bien mármol ni bien grana,  
mezcla sí de las dos sierras,  
la Bermeja y la Nevada.  
En proporción las narices,  
ni judaizantes ni chatas,  
ni nabo por corpulentas,  
ni alezna por afiladas.  
Buenos labios, malos dientes,  
porque, aunque era su tez blanca,  
a caballo unos sobre otros,  
tanti-cuanti moriscaban.  
La garganta, cuelli-erguida,  
cándida, gruesa, torneada,  
y tal que hiciera yo un Judas,  
a haber saúcos gargantas.  
Las manos, no hay que pedir  
en ellas porque no daban,  
puesto que ambas recibían,  
y eran muy hermosas ambas.  
Privilegiado de cuartos  
el tallazo; más avara  
en las obras que en el cuerpo...  
Lo demás, el argonauta  
de tal golfo que le pinte,  
si hay quien tenga dicha tanta  
que mida con la esperiencia  
los grados del dicho mapa.

ARMESINDA: ¿Quiso a vuestro dueño mucho?

MONTOYA: Quiso a muchos; que mudaba,  
como si fueran camisas,  
tres a tres cada semana.

ARMESINDA: ¡Válgame Dios! ¿Mujer noble,  
y tan fácil?



MONTOYA: Por Dios...

ARMESINDA: Ahora bien, yo quedo  
satisfecha y informada  
--aunque en confuso-- de cosas  
que os han de ser de importancia,  
si sabéis guardar la lengua.

MONTOYA: ¿A mí?

ARMESINDA: A vos. No digáis nada  
de lo que vos me habéis dicho  
a vuestro dueño.

MONTOYA: Me tapa  
los labios esta cadena.  
Vueselencia, pues es sabia,  
calle también y averigüe;  
porque si mi amo alcanza  
que me deslicé, no doy  
por mi vida una castaña.

*Vase*

ARMESINDA: Amor, ¿qué es esto que oís?

¿Quién, decid, os dificulta?  
¿Quién, competidora oculta,  
celos os da y los sufrís?  
Si con ellos presumís  
crecer, crecerá la pena  
que esperanzas enajena,  
pues temo --¡congoja estraña!--  
una enemiga en España,  
y otra invisible en Lorena.

Aquella ausente me abrasa,  
ésta presente me enciende;  
pero --¡ay Dios!-- que más ofende  
el enemigo de casa.

Con Carlos Beatriz se casa,  
porque en él logra su amor,  
aunque un rey competidor  
se le opone, que no estima;  
luego no es Beatriz mi prima

quien motiva mi temor.

Clemencia de esta quimera  
la autora ha venido a ser,  
porque con menos poder  
¿quién a tanto se atreviera?  
Sospechas, echemos fuera  
temores, y averigüemos  
sutilezas que estorbemos  
con industrias que opongamos;  
y, porque las consigamos,  
las tuyas desbaratemos.

*Salen FELIPO, CARLOS, ENRIQUE, don GABRIEL, BEATRIZ  
y CLEMENCIA*

BEATRIZ:       Vuestra escelencia, señor,  
no ha de usar hoy de la ley  
de padre conmigo; el rey  
logre en iguales su amor;  
      que esta vez yo he de lograr  
las de mi libre albedrío.  
No apetezco señorío  
que, a título de reinar,  
      imperioso me lastime  
y me ame con presunción;  
hecha tengo la elección  
de quien templado me estime,  
      y no ofenda mi respeto.  
Amor busco, no poder;  
esto, señor, ha de ser;  
entiéndame el más discreto.

*Vase*

CARLOS:       (Por mí lo dijo. ¿Hay amor   Aparte  
semejante? Adorarála;  
por mi sol respetaréla,  
por la firmeza mayor

que jamás vio el interés.  
Mi mudanza ha sido loca.  
Voy a que estampe en mi boca  
los vestigios de sus pies.)

*Vase*

ENRIQUE:       (¿Mas si madama Beatriz,       Aparte  
castigando la mudanza  
de Carlos, me da esperanza  
de ser mi dueño? ¡Feliz  
trueco, si en él me prometo  
tal dicha! Voy a saber  
si, llegándola a entender,  
vengo a ser el más discreto.)

*Vase*

FELIPO:       (¡Que un rey desprecie por Carlos! Aparte  
Pero sí, que en sus empleos  
su amor empeñó deseos  
y siente en mí el malograrlos.  
El rey es prudente y justo;  
ni yo me atrevo a intentar  
que se case a su pesar,  
ni él querrá mujer sin gusto.)

*Vase*

GABRIEL:       (Estas señas interpreto,       Aparte  
aunque loco, en mi favor;  
permitidme agora, amor,  
presumirme el más discreto.  
¿Risa ayer, cuando lloraba  
con Carlos, y enigmas hoy?  
Mas si de Clemencia soy,  
si no ha media hora que acaba

de darme señas escritas,  
¿qué intentas, soberbia vana?  
A Carlos quiere su hermana;  
¿para qué me precipitas?  
¿Cuándo, amor, me has de sacar  
de tanto golfo crüel?)

*CLEMENCIA pasa junto a él disimulada, y le  
habla aparte*

CLEMENCIA: ¿Qué tal os va, don Gabriel,  
de acertar y no acertar?

GABRIEL: Mal, pues cuando conjeturan  
discursos que me atormentan,  
hallo señas que desmientan  
las señas que me aseguran.

Ríense de un ignorante,  
gran señora, como yo...

*Disimuladamente deja ella caer un guante en el  
suelo, y levántale él*

Mire que se le cayó  
a vueselencia este guante.

*CLEMENCIA lo toma desdeñosa*

CLEMENCIA: ¿Qué decís?

GABRIEL: Se le ha caído,  
y, alzándole yo, pretendo  
con él...

CLEMENCIA: O yo no os entiendo,  
o vos no sois entendido.

*Vase*

GABRIEL:       (¡Gracias a Dios, experiencia, Aparte  
que de dudas me sacáis!  
¿Para qué filosofáis,  
temores, en la evidencia?  
Esto está ya averiguado.)

*ARMESINDA se dirige a don GABRIEL, como que va a  
entrarse*

ARMESINDA:    La toledana es hermosa,  
puesto que ni muy airosa,  
ni muy firme; hanme agradado  
    las joyas, pero no el brío  
ni el alma de la Gerarda;  
que, aunque en el alma gallarda,  
hiela a España por lo frío.  
    Tiene partes escelentes,  
puesto que la gracia es poca,  
que es gran defecto en la boca  
tan mal avenidos dientes.  
    Lo que yo afirmaros puedo,  
que en el aliño y adorno  
puede obligar la del torno  
a olvidar la de Toledo.

*Vase*

GABRIEL:       ¿Señas nuevas? ¡Vive Dios,  
que se han las tres concertado  
a enloquecerme! Cuidado,  
si, confuso entre las dos,  
    quieres que el seso las rinda,  
con tres ¿qué hará mi paciencia?  
¿Señas Beatriz y Clemencia?  
¿Señas también Armesinda?  
    Burlarme intenta cada una;  
solución del enigma es,  
pues son mis damas las tres,

y de las tres no es ninguna.

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

---

*Salen CLEMENCIA y ENRIQUE*

CLEMENCIA: Mi hermana me dijo a mí  
que, interpretando razones  
de contrarias intenciones,  
la amáis.

ENRIQUE: Es, señora, así;  
que, como Carlos procura  
con cartas, más negociadas  
que por el rey deseadas,  
desbaratar mi ventura  
y no lo repugnáis vos,  
hallo en vuestro desengaño  
el remedio de mi daño;  
y, compitiendo los dos,  
me parece que es prudencia  
--antes que en celos me ofusque--  
que en madama Beatriz busque  
lo que peligró en Clemencia.

CLEMENCIA: Cuando él, duque, os compitiera  
y entrada en mi pecho hallara  
que el paso os dificultara,  
¿mejor salida no fuera  
--a ser amante de ley--  
sus ardides desmentir  
que por Beatriz competir  
con un infante y un rey?  
Confesarlo así es forzoso.

En efeto, hacéis alarde  
de ser el primer cobarde  
que se retira celoso;  
aunque os tendréis por feliz  
si en tan loca competencia  
sois tímido por Clemencia  
y animoso por Beatriz.

ENRIQUE: Cuando yo no interesara  
más medras de mis intentos  
que el causaros sentimientos  
con que mi amor se repara,  
fue ardid, señora, discreto  
fingir haceros agravios;  
que tal vez suelen ser sabios  
los celos. Mostré, en efeto,  
que a vuestra hermana servía,  
y fue admirable mi aviso,  
pues mi amor por su orden quiso  
probar lo que en vos tenía.  
Ya que lo sé, a vuestros pies,  
dándoos gracias, perdón pido;  
sosegad vos mi sentido,  
porque os ame más después.  
¿De veras que no estimáis  
a Carlos? ¿Que os resistís?  
¿Que en fin, cuando me admitís,  
sois mujer y no os mudáis?

CLEMENCIA: Mi inclinación no consiente  
mudanzas; que la firmeza  
es en mí naturaleza,  
si en las otras accidente.  
Yo quise desde el instante  
que di principio al querer  
a quien mi esposo he de ser,  
y nunca mudé de amante.  
Carlos --desvanezca o no  
promesas a su cuidado--  
persona trae a su lado  
que en mi pecho despertó  
desvelos de más momento.

ENRIQUE: ¿Cómo es eso?

CLEMENCIA: ¿Qué teméis?

A don Gabriel le debéis  
amistades, que si os cuento,  
dudaréis satisfacerlas  
en llegando a ponderarlas;  
el principio de pagarlas  
es, duque, el agradecerlas.

Haceldo así; que él ha sido  
a quien fe mi pecho da.

ENRIQUE: ¿A don Gabriel?

CLEMENCIA: El será,  
si me entiende, preferido  
a muchos...Quiero decir,  
en materia de consejos.

ENRIQUE: Estaba de eso tan lejos,  
viéndole a Carlos servir,  
que, aunque me lo certifique  
vuestro crédito, y sea así...

CLEMENCIA: Cada cual hace por sí  
antes que por otro, Enrique.

ENRIQUE: Pues él en eso ¿qué hace  
por sí? ¿Qué es lo que medró?

CLEMENCIA: ¿No es el amigo otro yo  
que a dos almas satisface  
con sola una voluntad,  
si a un mismo fin se encamina?

ENRIQUE: Así es bien que se difina  
el amigo.

CLEMENCIA: Y su amistad  
¿no puede ser tal con vos  
que se verifique en él  
tal fineza?

ENRIQUE: ¿Don Gabriel  
contra su dueño? Por Dios,  
que ha de quedar asombrado  
quien tal imposible oyere.

CLEMENCIA: Cuanto más por vos hiciere,  
os tendrá más obligado.

ENRIQUE: Poco abona su opinión

quien esa cuenta da de ella.

CLEMENCIA: Como por eso atropella,  
si es viva, una inclinación.

Esperimentad la mía,  
disculpando a don Gabriel,  
que yo os juro que por él  
dejara una monarquía.

ENRIQUE: ¿Cómo por él?

CLEMENCIA: Pues ¿no dejo  
la herencia casi de Francia  
con el de Orliens, a su instancia?  
Inclínome a su consejo,  
de suerte, duque, os prometo,  
que toda mi libertad  
pende de su voluntad.

ENRIQUE: El español es discreto,  
y si yo alcanzo por él  
que os inclinéis a mi amor,  
le seré eterno deudor.

CLEMENCIA: Id, Enrique, hablad con él;  
esperimentad verdades  
que antes de mucho admiréis;  
solicítadle, y veréis  
prodigios entre amistades,  
que no poco han de importaros.  
Decid que siga la traza  
que amor y su ingenio enlaza;  
que alguna vez saldrán claros  
los cielos, hasta aquí oscuros,  
pues para los animosos  
principios dificultosos  
prometen fines seguros;  
y que esto le aviso yo  
para vuestro buen suceso.

ENRIQUE: Pues ¿no sabré yo algo de eso?

CLEMENCIA: Por agora, Enrique, no.

ENRIQUE: Pues ¿es razón que el tercero  
alcance más que el amante?

CLEMENCIA: El medio que es importante  
para los fines que espero,

con vos me requiere muda,  
y toda lenguas con él.  
Si os regís por don Gabriel,  
presto saldréis de esa duda;  
que hemos dispuesto los dos  
cierta traza sin testigos,  
con que quedéis muy amigos  
mi padre, Carlos y vos.

Sólo este fin me reporta  
en los labios el secreto;  
vos veréis, duque, en efeto,  
lo que a los dos nos importa.

ENRIQUE: Alto; si por don Gabriel  
se han de allanar competencias,  
voy a alentar sus agencias.

CLEMENCIA: Nuestro amor estriba en él.  
Diréisle, pues le confío  
que os industrie y aconseje,  
que por señas no lo deje,  
pues hartas con vos le envío.

ENRIQUE: Obedecer y callar.  
Voy.

CLEMENCIA: ¿Oís? y que en los dos  
sabrás aquello, yendo vos,  
de acertar y no acertar.

*Vase ENRIQUE*

CLEMENCIA: Confuso parte, No es mucho  
que, si imita mis acciones,  
participe confusiones,  
cuando yo con tantas lucho.

Si señas tienen de ser  
del gallardo español prueba,  
señas Enrique le lleva  
con que me pueda entender.

¿Qué modo hallara yo agora  
para sosegar desvelos  
y conocer de mis celos

la oculta competidora?

Si yo conociese el dueño  
que inadvertida perdió  
el papel que ocasionó  
los riesgos en que me empeño,  
facilitara el cuidado  
que confusa dificulto;  
porque el enemigo oculto  
más daña que el declarado.

Ahora bien, aquí le hallé;  
vuélvole al mismo lugar;  
que escondida he de sacar  
quién la perdidosa fue.

*Echa el papel en el suelo*

Dudo en mi hermana y mi prima,  
si bien con más fundamento  
en la segunda; mi intento  
a nuevas cosas me anima.

Cualquiera que pase de ellas,  
en viéndole le ha de alzar;  
y, si le perdió, ha de dar  
muestras de gusto, y por ellas  
quedaré informada yo.

Las dos estaban agora  
en esa cuadra; no ignora  
trazas quien celosa amó.

*Sale FELIPO*

FELIPO: Clemencia, de tu elección  
pende la paz de mi estado;  
palabra a Enrique le he dado;  
Carlos te tiene afición;  
ama a Beatriz el de Francia;  
ya tú sabes su poder;  
consultar es menester

cosas de tanta importancia.

De tu entendimiento fío  
riesgos que a tu arbitrio dejo.

CLEMENCIA: En el tuyo mi consejo,  
siendo tuyo, será mío.

FELIPO: Ven, y estudiemos los dos  
lo que se ha de hacer en esto.

CLEMENCIA: (¿Hay estorbo más molesto      Aparte  
que el presente? Ciego dios,  
mal podréis averiguar  
quién es mi competidora,  
si dejo el papel agora  
y me obligan a ausentar.  
¿Alzaréle? Pero no;  
que si mi padre lo ve,  
el crédito arriesgaré  
que mi recato ganó.  
¿Qué he de hacer? Poco dichosa  
soy en amores.

FELIPO: ¿No vienes?

CLEMENCIA: Sí, señor.

FELIPO: Discreción tienes,  
que es milagro, siendo hermosa;  
busquemos los dos salida  
a confusión tan crüel.

CLEMENCIA: (Volveos a perder, papel;      Aparte  
que más que vos voy perdida.)

*Vanse. Sale BEATRIZ*

BEATRIZ: Perdíle y, sin él confusa,  
desvanezco mi sentido.  
¿Si acaso se me ha caído  
por aquí? No tiene excusa  
mi descuido. Echéle menos  
agora; guardéle aquí.

*Señalando la manga*

No sé cuándo le perdí;  
sé mi desgracia a lo menos.  
¿Si le halló mi padre? ¡Cielos!  
¿Si alcanzó a saber por él,  
con riesgo de don Gabriel,  
mi osadía y sus desvelos?  
Negaré disimulada,  
aunque la vida me cueste.  
Mas ¡válgame Dios! ¿No es éste?

*Álzale*

¡Ay prenda tan mal guardada  
cuanto con gusto adquirida!  
No saldréis más de mi pecho.  
¡Qué de agravios que os he hecho!  
Vos seáis bien parecida.  
Cuando agora por aquí  
con Armesinda pasé,  
se me cayó; ya podré,  
temores, volver en mí.

*Salen CARLOS y don GABRIEL. Hablan aparte a la  
puerta*

CARLOS: Yo sé que, dándome celos,  
la he de volver a adorar.

GABRIEL: Tu extraño modo de amar  
tendrá pocos paralelos.

CARLOS: Gabriel, madama está aquí.

GABRIEL: Comencemos tu quimera;  
yo la llevo a hablar.

CARLOS: Espera;  
déjame primero a mí  
que con ella te introduzca  
en España poderoso,  
y que me muestre celoso

porque a tu amor se reduzga,  
y tú después llegarás.

GABRIEL: Voyme, pues.

CARLOS: Ve y vuelve luego.

GABRIEL: Más que el amor eres ciego.

CARLOS: ¿Qué quieres? No puedo más.

*Vase don GABRIEL*

CARLOS: Madama, si os desobligo  
y a vuestra hermana pretendo,  
es porque ofendido entiendo  
que truje mi mal conmigo.  
Quiero de suerte a un amigo,  
y queréisle tanto vos,  
que, puesto que sabe Dios  
lo que me cuesta olvidaros,  
no os he he amar, por amaros  
y daros gusto a los dos.

BEATRIZ: Duque, ¿qué decís? Volved  
por vuestro seso y por mí;  
no os precipitéis ansí,  
y en más mi opinión tened.  
Vuestra mudanza ofended,  
pero no, Carlos, mi fama.  
¿Qué amigo es ése?

CARLOS: Madama,  
no disimuléis conmigo;  
[.....-igo]  
y él correspondiente os ama.  
Pródigo intento y cortés  
lograr con él una hazaña;  
tendrá que envidiar España  
desde hoy el valor francés.

BEATRIZ: Acabemos ya; ¿quién es  
sujeto tan ponderado?

CARLOS: Duque que a Castilla ha dado  
sangre real; duque, en efeto,  
de Nájara, que en secreto

es mi igual y es mi criado.

BEATRIZ: ¡Válgame Dios! ¿Don Gabriel  
es duque? ¿Es tan gran señor?

CARLOS: En los ojos vuestro amor  
os lleva el alma tras él.

BEATRIZ: A lo menos, si es más fiel  
que vos y menos mudable,  
fuera ingratitud culpable  
no amarle, cual presumís;  
mas vos ¿de qué colegís  
defecto en mí tan notable?

CARLOS: (Mintamos un poco, amor;      Aparte  
que va hallando esta quimera  
más celos que yo quisiera.)  
Fiado de mi valor,  
hasta el mínimo favor  
me comunica.

BEATRIZ:                    En efeto,  
¿no hay entre los dos secreto?

CARLOS: A persuadirme se anima  
que fue por él el enigma  
de "entiéndame el más discreto."  
Presentóme por testigo  
del amor que le mostráis  
señas que disimuláis,  
y él conjetura conmigo.  
Si algunas de éstas os digo,  
ya graves y ya risueñas...

BEATRIZ: Duque, ¿qué decís de señas?

CARLOS: Señas le apuran el seso.

BEATRIZ: Pues él ¿alábase de eso?

CARLOS: (Mentira, en mucho me empeñas.)      Aparte

BEATRIZ: ¿Señas os ha dicho a vos  
que en mí alientan su esperanza?

CARLOS: La amistad todo lo alcanza,  
y es mucha la de los dos.

BEATRIZ: ¿Yo señas? (¡Válgame Dios!      Aparte  
En hombre que es tan perfeto  
¿puede haber tal defeto?)

CARLOS: Por él, en fin, determino

que mude mi amor camino;  
tanto su amistad respeto.

BEATRIZ: Sois vos todo gentilezas  
que él os podrá agradecer,  
mas no yo, pues llevo a ver  
mi agravio en vuestras finezas.  
¡Ay cielos! Si da en flaquezas  
como ésas, presumirá  
señas que dicho os habrá.

CARLOS: Muchas me contó, aunque oscuras,  
y por esto no seguras,  
que averiguando en vos va.

BEATRIZ: ¿Muchas y oscuras decís?

CARLOS: Todo su pecho me fía.

BEATRIZ: (¿Qué escucháis, desdicha mía? Aparte  
Necias industrias, ¿qué oís?)

CARLOS: Parece que lo sentís  
como ofendida.

BEATRIZ: ¿Qué mucho,  
si mis desdoras escucho  
en quien así os engañó?

CARLOS: O le amáis, madama, o no.

BEATRIZ: (¡Con qué de congojas luchó!) Aparte  
En fin, ¿es duque?

CARLOS: Y marqués  
de Aguilar.

BEATRIZ: No sé qué hiciera  
de mi libertad, si fuera,  
en vez de español, francés.

CARLOS: (Alto, celoso interés, Aparte  
ya os hizo mi amor lugar.)

BEATRIZ: Pero podréisle afirmar  
que alcanzara ventajoso  
suertes que merece airoso,  
y pierde por no callar.

*Vase*

CARLOS: Buscaban celos mis daños

que a mi amor diesen desvelos  
y, andando a caza de celos,  
encontré con desengaños.  
El que por medios estraños  
en nuevos riesgos se arroja,  
cuando coja  
el fruto que yo cogí,  
échese la culpa a sí;  
porque siempre el que se ofusca  
en peligros que aborrece,  
si desdichas apetece,  
halla más de las que busca.

*Vase. Salen FELIPO y ARMESINDA*

FELIPO:        Esto es lo consultado  
por Clemencia, y de ti tiene cuidado  
de suerte que te estima  
con afectos de hermana más que prima.  
Condesa de Bles eres;  
si al duque Enrique por esposa adquieres,  
y yo le persüado  
que, olvidando a Clemencia, trueque estado  
y amor en ti, podemos  
mudar en paces guerras que tememos.

ARMESINDA:    Señor, en vueselencia  
libré, muertos mis padres, la obediencia  
que a ellos les debía;  
mi voluntad es tuya más que mía;  
mas cosas de ese porte,  
no es justo que la prisa las acorte.  
Consúltelas despacio,  
pues sobran consejeros en palacio,  
que mirarán prudentes  
si se atajan con eso inconvenientes;  
y yo del mismo modo  
entretanto veré si me acomodo  
a disponer deseos  
tan libres en mi edad de esos empleos.

FELIPO: Tu discreción, sobrina,  
merece admiración por peregrina.  
Yo voy a consultarlos;  
tú eres la paz del rey, de Enrique y Carlos.

*Vase*

ARMESINDA: Examine voluntades  
y haga Felipo experiencia,  
entretanto que en Clemencia  
mis celos sacan verdades  
si quiere al español más  
que obedecer a mi tío;  
que después, pues no soy río,  
bien puedo volverme atrás.

*Sale BEATRIZ sin ver a ARMESINDA*

BEATRIZ: ¿Es posible que tan grave,  
tan cuerdo, tan ententido,  
tan discreto y bien nacido  
--cuando lo que importa sabe--  
duque don Gabriel Manrique  
el secreto encomendado  
y en fe de noble jurado  
con Carlos le comunique?  
No, sospechas, no lo creo;  
miente Carlos; conjeturas  
serán las que, mal seguras,  
--porque mude de deseo--  
le inquietan la voluntad.  
Como en mis ojos ha visto  
lo que en la lengua resisto,  
querrá sacar la verdad  
con mentiras que le impone.  
Anda el español buscando  
las señas con que le mando  
que sus dichas ocasione;

ocupa, cuando le asisto,  
los ojos y el alma en mí;  
y saca Carlos de aquí,  
porque a los dos nos ha visto  
con descuido cuidadoso,  
celos de causas pequeñas.  
Mas ¡decir lo de las señas!  
Aquí el culparle es forzoso.  
Lo mismo que acuso abono;  
y, entre el sí y el no confusa,  
hallo el agravio en la excusa  
y, condenando, perdono.

*Sale CLEMENCIA sin ver ni a BEATRIZ ni a  
ARMESINDA*

CLEMENCIA: Si Armesinda lleva bien  
el dar a Enrique la mano,  
salió mi recelo vano;  
poco mis sospechas ven.  
Si rehusa este concierto,  
dándose por ofendida,  
don Gabriel la trae perdida  
y mi temor salió cierto.

ARMESINDA: Prima, en notable cuidado  
hoy mis aumentos te ven;  
darte puedo el parabién  
de consejera de estado.  
Tu padre, que dificulta  
riesgos que nacen de nuevo,  
me afirma lo que te debo;  
quedaré a tu consulta  
deudora, que es circunstancia  
mucha que a Enrique se rinda  
la libertad de Armesinda  
porque Beatriz reine en Francia.

BEATRIZ: (¿Cómo es esto de reinar? Aparte  
¿Otra vez vuelve este miedo?  
Desde aquí escucharlas puedo.)

CLEMENCIA: ¿Qué quieres? Séte afirmar  
que te estimo de manera

que por ti me desposeo  
del duque.

ARMESINDA:           ¿Ya yo no veo  
que eres mi casamentera?  
Débote voluntad tanta  
que no admites y te pesa  
ser con Enrique duquesa,  
por ser con Carlos infanta.

CLEMENCIA:       Prima, reales intereses  
efectuólos la ambición;  
prométote que no son  
mis pensamientos franceses.

ARMESINDA:       Serán españoles, prima.

CLEMENCIA:       ¿Cómo?

ARMESINDA:       Pues ¿no han de tener  
alguna patria?

CLEMENCIA:           ¿Es querer  
pedirme celos?

ARMESINDA:           Enigma  
es ésta que tu amor traza,  
y cuando piensas que está  
secretísima, anda ya  
a pregones por la plaza.

CLEMENCIA:       ¿Estás en ti?

ARMESINDA:           No te asombres;  
que debe ser tu beldad  
alcalde de la hermandad  
que prende en los campos hombres.

BEATRIZ:       (¡Ay cielos! Todo se sabe.   Aparte  
El español fermentado  
pródigo indiscreto ha sido;  
perjuro dejó sin llave  
secretos y confianzas.)

ARMESINDA:       Alcaide fue tu cuidado  
del cuarto en que, retirado,  
diste a riesgos confianzas.  
¡Qué ingeniosa te apercibes  
de torno, tiniebla y salas!  
¡Qué sazónada regalas,  
qué misteriosa que escribes!

Ya yo he visto los papeles,  
cifras de tu extraño amor.

BEATRIZ: (Todo lo ha dicho el traidor.) Aparte

ARMESINDA: No hay para que te receles;

que ya el español me fia  
secretos encomendados,  
porque tercié en sus cuidados.

Luego ¿piensas, prima mía,  
que no me reveló señas,  
ya en acciones y ya escritas,  
en que dudas facilitas  
y animas cuando despeñas?

Pues advierte que me hace  
agente de tus amores,  
y sé todos los favores  
con que intentas que se enlace  
en laberintos dudosos,  
no sé a qué fin prevenidos,  
conceptos con dos sentidos,  
oscuros por misteriosos.

El papel que te escribió,  
el crédito que con él  
te acredita...

CLEMENCIA: ¿Don Gabriel  
eso de mí te mintió?

ARMESINDA: Eso y otras liviandades  
que callo. ¿De qué te admiras?  
(Amor, digamos mentiras Aparte  
para averiguar verdades.)

CLEMENCIA: (¿Mas si, celosa de mí Aparte  
mi prima, se ha declarado  
con él, y cuenta la ha dado  
de cosas que presumí  
guardar seguras en él?  
No hay hombre que no se alabe  
de favores que aun no sabe;  
imitólos don Gabriel.

ARMESINDA: No hay para qué recelarte  
ya de mí; declaraté  
con los dos. ¿Qué le diré,

prima mía, de tu parte?

CLEMENCIA: Dile, prima, que por ti  
facilitarle deseo  
estorbos, y que en tu empleo  
me tiene obligada a mí;  
que no malogre invenciones  
que tanto estudio te cuestan,  
pues ellas le manifiestan,  
aunque en sombra, tus pasiones;  
que las joyas usurpadas  
por tu industria, repartidas  
también por ti, aunque escondidas,  
no engañan disimuladas;  
que fácil se manifiesta  
cualquiera ardid estudiado,  
si se afecta demasiado;  
y en fin...

ARMESINDA: ¿Qué locura es ésta,  
prima engañosa? ¿A qué efeto  
es tanto disimular?  
Hácesle desatinar,  
sábese ya tu secreto,  
¡y atribúyesme quimeras  
que ni por el pensamiento  
me pasan!

CLEMENCIA: ¡Donoso cuento!  
Mira, prima, cuando quieras  
que por señas un amante  
sus discursos encamine,  
no le hagas que desatine;  
procura de aquí adelante  
probar su ingenio de modo  
que señas y conjeturas  
ni del todo sean obscuras,  
ni tan patentes del todo  
que los demás las entiendan;  
porque es fuerza que el cuidado  
ame siempre desvelado,  
y que sus ojos pretendan  
registrar en cualquier dama

acciones que acas[o] hechas  
den motivo a sus sospechas,  
y luego piense que le ama.

ARMESINDA: ¿Para qué gastas doctrina  
que tú sola has menester?

CLEMENCIA: ¿Yo? Pues mira; has de saber  
que tu español imagina

que yo soy la arquitectora  
de la máquina que hiciste;  
que como le persuadiste  
a amar por señas, y ignora  
cuál de las tres de esta casa  
es la que ha de obedecer,  
apenas nos llega a ver  
cuando estudiosos nos tasa

las acciones más pequeñas,  
una risa, un volver de ojos,  
con que al punto sus antojos  
juzgan que le hacemos señas.

Cayóseme un guante ayer  
y, creyéndole favor,  
ya me imagina en su amor  
perdida; quise volver  
por mí y atajar locuras;  
mas poco me ha aprovechado,  
pues, necio y desbaratado,  
no sé qué salas a oscuras,  
tornos y prendas robadas  
alega, con presunción  
de que yo fui la ocasión.

Como no le persüadas  
a que eres tú su desvelo,  
contemporizar con él  
es fuerza; que el don Gabriel  
es un español del cielo,  
y no es bien que, ya apurado  
el seso, siendo yo cuerda,  
permita que por ti pierda  
el poco que le has dejado.

*Vase. Sale BEATRIZ retirada, sin que ARMESINDA la  
vea*

ARMESINDA:     Esto es burlarse de mí,  
                  esto es haber ya sabido  
                  del criado fementido  
                  cuanto en este caso oí.  
                  A no ser ella la autora  
                  de esta confusa quimera,  
                  claro está que no supiera  
                  lo que me refirió agora.  
                  De celos estoy perdida;  
                  mas no lograré, si puedo,  
                  los lances de tanto enredo.  
                  ¿Yo burlada? ¿Ella querida?  
                  Haré que el duque castigue  
                  arrojos de amor tan loco;  
                  que en competencias, no es poco  
                  estorbar quien no consigue.

*Vase*

BEATRIZ:        No hay en casa quien no sepa  
                  cuanto al silencio fié.  
                  ¡Ay cielos! ¿Cómo creeré  
                  que en semejante hombre quepa  
                  tal falta, tan vil defecto?  
                  Pero culparle es en vano;  
                  que ya excediera de humano,  
                  si en todo fuera perfecto.

*Sale don GABRIEL*

GABRIEL:        Harásele, gran señora,  
                  a vueselencia de nuevo  
                  el ver que a hablarla me atrevo,  
                  cosa rara en mí hasta agora;

pero alienta mi temor  
quien puede, y por vos se abrasa.

BEATRIZ: Decid; que no es nuevo en casa  
teneros por hablador.

GABRIEL: ¿Hablador yo?

BEATRIZ: Proseguid.

GABRIEL: Mal su opinión acredita  
quien la que tengo me quita,  
mintiendo...

BEATRIZ: Decid, decid.

GABRIEL: ...porque es la más civil mengua  
para mí...

BEATRIZ: Serán antojos  
de quien os buscó todo ojos  
y os ha hallado todo lengua.  
Decid.

GABRIEL: Envidia será  
de quien con vuestra escelencia  
lo que no osa en mi presencia...

BEATRIZ: Decid, acabemos ya.

GABRIEL: ...afirma, contra el valor  
que en mí esos desdoros teme.

BEATRIZ: Don Gabriel, decid o iréme,  
que sois terrible hablador.

GABRIEL: Si en tal opinión me veo...

BEATRIZ: Dejad eso, y proseguid.

GABRIEL: Pues vos lo mandáis, oíd.  
Yo deseo y no deseo  
cumplir leyes y preceptos  
de quien a hablaros me envía  
y sus secretos me fía.

BEATRIZ: ¡Guardáis vos muy bien secretos!

*Saca y hace que lee un papel*

GABRIEL: Pues ¿podéis vos ofenderos  
de haberlos quebrado yo?

BEATRIZ: ¡Jesús! ¿Vos quebrado? No;  
antes los decís enteros.

GABRIEL: El envidioso ignorante  
que me juzga poco fiel...

BEATRIZ: Levantad ese papel,  
y proseguid adelante.

*Déjale caer de industria ella, y  
levántale él mirándole*

GABRIEL: (¡Ay cielos! Mi letra es ésta.) Aparte

BEATRIZ: Dadle acá.

*Tómasele desdeñosa*

GABRIEL: Señora mía...

BEATRIZ: Al que secretos os fía  
podéis darle por respuesta  
que estudie en mis escarmientos  
si el fiarse es cosa baja  
de habladores de ventaja  
que infaman sus juramentos.

*Vase*

GABRIEL: ¡Madama! ¡Señora mía!

Rayos mortales arroja.  
Agora, cielos, se enoja,  
que manifestar quería  
obscuridades de amor,  
agora que comenzaba  
mi dicha, y se declaraba,  
¿tal desdén en tal favor?  
¡Gentil premio de desvelos!  
¡Bien satisfechos cuidados,  
de habladores infamados!  
¿Qué es esto, inclementes cielos?  
¿No vi en manos de Clemencia  
hoy mi papel? ¿No es el mismo

que hallé agora? En tal abismo,  
¿quién ha de tener paciencia?  
¿Con quién comunico yo  
secretos tan castigados,  
de injurias galardonados,  
sino con quien me mostró  
como carta de creencia  
el billete que firmé?  
Si amor por señas juré,  
y hallo señas en Clemencia,  
¿es mucho que desatine  
creyendo que es su inventora?  
Pues ¿cómo lo sabe agora  
su hermana? ¿Cómo a hallar vine  
en sus manos mi papel?  
¿Cómo Armesinda me aguarda,  
con las señas de Gerarda?  
¿Fue el intrincado vergel  
más confuso de Teseo?  
No, cielos, no hay más salida  
para no apurar la vida  
--que pienso que lo deseo--  
sino creer que las tres,  
conjuradas contra mí,  
comunican entre sí  
secretos, porque después,  
como cada cuál me engaña,  
entre tanta confusión,  
castiguen la presunción  
que Francia culpa en España.

*Sale CLEMENCIA*

CLEMENCIA: (Mi padre, pues yo no puedo, Aparte  
tanta máquina averigüe,  
y mis celos apacigüe;  
desharemos este enredo,  
y saldré yo de cuidado,  
aunque me llamen crüel.)

¿Aquí estáis vos, don Gabriel?  
Nunca os veo acompañado;  
mas tampoco lo está Apolo.

GABRIEL: Es ésta condición mía.

CLEMENCIA: Sí, pero, sin compañía,  
mucho habláis para estar solo.

GABRIEL: ¿También vos formáis agravios?

CLEMENCIA: Amante he yo conocido  
que hubiera dichoso sido  
a saber cerrar los labios;  
y alguna en casa ofendida...

GABRIEL: Diréos, si me dais lugar...

CLEMENCIA: ¿Hablarme vos? No hay que hablar.  
Guardaos, no os cueste la vida.

*Vase*

GABRIEL: ¡Alto! Otra vez se eclipsó  
la certidumbre infeliz  
de que madama Beatriz  
conmigo se declaró,  
pues su hermana hizo lo mismo.  
¿Cuál de ellas, amor, creeré  
que de esta máquina fue  
la artífice? En un abismo,  
con dos vientos encontrados,  
navego sin experiencia;  
ya Beatriz, y ya Clemencia  
la nave de mis cuidados  
combaten; y en tanta mengua  
las dos, intimando agravios,  
una castiga mis labios,  
y otra aborrece mi lengua.

*Sale CARLOS*

CARLOS: De la confianza necia  
que en vos mi amistad creyó

sé que a España se pasó  
la fe fallida de Grecia.

Basta que a Beatriz amáis  
y, dueño de sus desvelos,  
por darme de veras celos,  
los de burlas excusáis.

Cuando yo puse los ojos  
en Clemencia, si a su hermana  
amó vuestra fe liviana,  
excusáredes enojos  
diciéndome la verdad,  
que ya en vuestra lengua dudo;  
pero amigo que es tan mudo  
guárdese de mi amistad.

*Vase*

GABRIEL: ¡Señor, gran señor! --¿Qué es esto?

¿Qué concurrencia de males,  
qué espíritus infernales  
tanta maraña han compuesto?

A todos los he agraviado;  
todos acusan mi amor;  
con las damas, hablador,  
y con el duque, callado.

La fortuna intenta verme,  
gustosa en desbaratarme,  
con lengua para culparme.  
sin ella para perderme.

*Sale ENRIQUE*

ENRIQUE: Gabriel, Clemencia me envía,

puesto que entre obscuridades,  
a que agradezca amistades  
que no supe que os debía.

Afirma que en mi favor  
le habéis propuesto razones

opuestas a pretensiones  
de Carlos, vuestro señor;  
y como sé la lealtad  
que le guardáis y debéis,  
aunque de mi parte estéis,  
no es tanta nuestra amistad  
que presumiera tal cosa,  
a no tener fundamento  
en que lo hacéis con intento  
de que Beatriz sea su esposa.

¡Digna acción de la cordura  
que en vuestro valor se encierra,  
pues se ataja así la guerra  
que de otra suerte aventura!

Porque, aunque arriesgue el perderme,  
su palabra ha de cumplirme  
Felipo, o yo prevenirme  
contra quien guste ofenderme.

En efecto, sea por esto  
o por lo que vos sabréis,  
tan persuadida tenéis  
a mi dama que ha propuesto  
no hacer más de lo que vos  
dispusiéredes.

GABRIEL:           ¿Clemencia  
dice que estriba en mi agencia  
el desposaros los dos?

ENRIQUE:        Y que estos inconvenientes  
bastáis vos solo a atajarlos.

GABRIEL:        ¿Yo, en deservicio de Carlos?

ENRIQUE:        Señas me dio suficientes,  
aunque obscuras para mí,  
que sin quererse explicar,  
dice, no podéis negar.

GABRIEL:        (¡Cielos! ¿En qué os ofendí? Aparte  
¿Amante y casamentero?  
¿Desleal a mi señor?  
¿Ya infamado de hablador,  
ya su esposo, y ya tercero?)

ENRIQUE:        Que experimente verdades,

que en vos admire, desea;  
y que obligaciones crea  
de finezas y amistades.

No sé yo con qué pagaros  
tanto. Dice que sigáis  
la traza que en esto dais;  
que alguna vez saldrán claros  
los cielos, hasta aquí oscuros;  
pues para los animosos  
principios dificultosos  
prometen fines seguros.

Don Gabriel, ¿qué traza es ésta?  
Que es rigor demasiado,  
siendo yo el interesado,  
ignorarla.

GABRIEL:           (¿Qué respuesta       Aparte  
la daré, confusión mía?)

ENRIQUE:    Y que, si no me creéis,  
por señas no lo dejéis;  
que hartas conmigo os envía.

GABRIEL:    (¿Pudo declararse más?       Aparte  
Luego ¿no fue Beatriz --¡cielos!--  
la autora de mis desvelos?  
Volved, esperanza, atrás.  
Pero ¿cómo me condena,  
si no es Beatriz, su rigor  
a delitos de hablador?  
¡Nunca yo entrara en Lorena!

ENRIQUE:    Acabadme de sacar  
del golfo en que me habéis puesto.  
Decid, don Gabriel, ¿qué es esto  
de acertar y no acertar?

GABRIEL:    Pues ¿eso también os dijo?

ENRIQUE:    Esto al partirse la oí;  
y que entenderéis por mí  
este misterio prolijo  
sin declarárosle a vos,  
afirma; y que es de importancia,  
en tal caso, mi ignorancia.

GABRIEL:    (¡Extraña mujer, por Dios!)    Aparte

ENRIQUE:       ¿Queréisme ya despenar?

          Sacadme de este cuidado.

GABRIEL:     Duque Enrique, hanme obligado  
          a ver, oír y callar.

          Si ella afirma que os importa  
          que este secreto ignoréis  
          y os ama, ¿qué más queréis?

ENRIQUE:     ¿Clemencia conmigo corta,  
          y con vos tan liberal?

          Don Gabriel, ¡aquí de Dios!  
          ¿Por qué habéis de saber vos  
          lo que a mí no me esté mal  
          y ha de negárseme a mí?

GABRIEL:     Eso dígalo Clemencia;  
          que yo no tengo licencia.

ENRIQUE:     Mirad que saco de aquí  
          conjeturas no pequeñas  
          que os desdoran de algún modo.

GABRIEL:     Eso sí, sed vos y todo  
          astrólogo de mis señas;  
          pero no ingrato a lo mucho  
          que afirma que me debéis  
          Clemencia.

ENRIQUE:     En fin, vos queréis  
          que en los misterios que escucho,  
          y no acabo de alcanzar,  
          pierda el seso.

GABRIEL:     ¿El seso? No;  
          mas quiero que, como yo,  
          tengáis que filosofar.

          Que os prometo que es mi amor  
          tan mudo que vive preso  
          en el alma, y con todo eso  
          me le culpan de hablador.

          No alcanza quien no obedece,  
          ni sin peligro hay batalla,  
          ni merece quien no calla,  
          ni quien malicia merece.

          Esto la dad por respuesta;  
          y decid que, pues dispuso

que os tuviésemos confuso  
y os importa, aunque os molesta,  
    la traza entre los dos dada  
se ponga en ejecución,  
porque perderá sazón  
si hoy no queda desposada;  
    que os disfrazó pensamientos  
para acendrar vuestra fe,  
porque yo jamás quebré  
palabras ni juramentos.

ENRIQUE:       Amor es loco, sus temas  
imposibles de vencer;  
yo no acabo de entender  
el blanco de estas problemas;  
    pero si, cual conjeturo,  
hoy ha de llamarme esposo  
Clemencia, tan venturoso  
seré como el medio obscuro.

    Voy, porque no me hagáis cargo  
de que a malicias me atrevo,  
si bien sabré lo que os debo,  
pues no es el término largo.

    Pero vivid advertido  
en lo que habéis maquinado,  
que, si agradezco obligado,  
me satisfago ofendido.

*Vase*

GABRIEL:       Todos forman de mí queja;  
a tragos la muerte bebo.

*Echan por una ventana un billete*

¿Qué es esto? ¿Hay peligro nuevo?  
Arrojaron de la reja  
    un papel. Si es semejante  
a sus dos antecesores,

no más ambiguos amores;  
mude su dueño de amante.

*Alzale y léele*

"Ya por experiencia sé  
cuán obediente y discreto  
vive por vos el secreto  
que oculta os encomendé;  
no es bien que el premio lo esté,  
que os ofrece la fortuna;  
ocasión hay oportuna;  
id como la vez primera  
al torno; que allí os espera  
de las tres la una y ninguna."

Como cumpla lo que dice,  
demos por bien empleado  
todo el desvelo pasado;  
si es que a dudas satisface,  
fortuna, acábese ya  
el tema de estos engaños.

*Sale MONTOYA*

MONTOYA: Dos horas, si no dos años,  
anda de acá para allá  
en busca tuya, y no te halla...

GABRIEL: ¡Montoya!

MONTOYA: ...cierta señora  
[tapada]...

GABRIEL: Calla, Montoya.

MONTOYA: ...que embauca.

GABRIEL: Sígueme y calla.

MONTOYA: Doy a la lengua cien nudos;  
que pues por ti se me estanca,  
aquí pasa Salamanca  
el colegio de los mudos.

*Vanse. Salen FELIPO y CLEMENCIA*

CLEMENCIA: Esto es, señor, lo cierto;  
Armesinda este ardid ha descubierto.  
Lo que de mí has oído  
del modo que te afirmo ha sucedido;  
a Enrique menosprecia,  
no estima a Carlos porque, loca o necia,  
al español adora.

FELIPO: De tantos embelecocos inventora!  
Clemencia, considera  
que parece imposible tal quimera.  
En tan pequeños años  
¿puede Armesinda hacer tantos engaños?

CLEMENCIA: Para ellos la habilita  
ese cuarto, después que no se habita  
desde el año pasado  
por las muertes que en él hemos llorado  
de mi madre y señora,  
y del duque mi hermano; allí inventora  
de peregrinas trazas,  
con tornos, con papeles y amenazas  
que ingeniosa dispuso,  
del español el seso trae confuso.

FELIPO: Júzgote con tu prima  
apasionada, viendo que no estima  
a Enrique, cuando quieres  
a Carlos; sois estrañas las mujeres.

CLEMENCIA: Espera, haz una cosa;  
darásme, si nos sale provechosa,  
el crédito debido.  
Llama aquí al español favorecido,  
como otras veces sueles;  
que entre otros, trae consigo dos papeles  
que le escribió esa dama  
a quien su confusión por señas ama;  
conocerás sin duda  
por la letra la autora amante y muda

que el estilo profana  
con que amor hasta aquí su imperio allana.

FELIPO: Bien dices; de ese modo  
sabré quién es y se averigua todo.  
Mandaré que le llamen,  
y en él de estos misterios haré examen.

*Sale ARMESINDA*

ARMESINDA: (¿Qué puede buscar, ¡cielos!, Aparte  
don Gabriel en tal parte sino celos  
que apuren mi cuidado?  
¿En el cuarto tanto ha deshabitado,  
y cerrarle la puerta  
luego que entró? Sospecha, saldréis cierta,  
si a confirmaros torno;  
allí el teatro oculto, allí está el torno,  
amor, de mi tragedia.  
Si el duque tanto insulto no remedia,  
quedará mi esperanza  
marchita en flor, sin fruto mi venganza.)

FELIPO: Armesinda, ¿qué es esto?

ARMESINDA: Sutilezas de amor con que ha dispuesto  
Clemencia, señor mío,  
cuando tu ofensa no, su desvarío.  
Esa parte de casa  
que no se vive tu opinión abrasa.  
Mi prima, que atropella  
respetos de quien es, oculta en ella  
a quien te certifique  
la causa por que deja al duque Enrique.

CLEMENCIA: Desatinada vienes.  
¿La culpa me atribuyes que tú tienes?  
¿Perdiste el seso, prima?

ARMESINDA: Ya se saben verdades de este eni[g]ma,  
ya el cuarto, el torno y salas  
donde escribes, obligas y regalas  
al español dichoso,  
agora en posesión, antes dudoso.

Derriba, señor, puertas,  
que sólo están a nuestro agravio abiertas.

FELIPO: ¿Qué es esto, cielo santo?

CLEMENCIA: Averigua, señor, enredo tanto;  
que si la letra miras  
de los papeles, no podrán mentiras  
desdorar mi inocencia.

ARMESINDA: Eso pretendo yo, haga experiencia  
la averiguación sabia  
de la agresora que tu casa agravia.

FELIPO: Echaré por el suelo,  
abrasaré impaciente  
el palacio, la autora, el delincuente  
de tanto ciego insulto.

*Vase*

ARMESINDA: No has de lograr tu amor hasta aquí oculto.

CLEMENCIA: Con frívolas disculpas  
disfrazas evidencias de tus culpas.

ARMESINDA: ¡Qué loca te despeñas!

CLEMENCIA: Pues poco has de lograr tu amor por señas.

*Vanse. Salen don GABRIEL y MONTOYA*

MONTOYA: Segunda vez nos enmonjan  
y, cerrándonos las puertas,  
solos, de noche y a oscuras,  
a pares nos emparedan.  
Tú, que sabes lo que pasa,  
ni tienes miedo, ni tiembles,  
mas yo, que no he merecido  
tantica historia siquiera  
con que sobornar temores,  
¿qué he de hacer sino hacer cera?

GABRIEL: Todo ha de parar en bien.

MONTOYA: No pare en la chimenea  
por donde a ciegas me embutan;

pongan luz y saquen cena,  
y estémonos aquí un siglo.

*Llaman dentro al torno*

GABRIEL: Allí llaman.

MONTOYA: Allí llega  
tú, que eres el consiliario;  
que yo en la dicha comedia  
no soy más que el mete-sillas.

*Vuélvese el torno con un billete y una  
luz*

GABRIEL: ¡Luz y papel!

MONTOYA: Así empiezan  
los actos de nuestra farsa.

GABRIEL: (Una es la nota y la letra      Aparte  
de éste y de los otros tres,  
y dice de esta manera;

*Apártase de MONTOYA y lee*

"Madama Beatriz se alaba  
de que le habéis dado cuenta  
de secretos prometidos  
que el bien nacido conserva;  
Carlos los sabe, Armesinda  
a todos los manifiesta,  
ya se los habrá contado  
a los tres duques Clemencia;  
ved si está puesto en razón  
que quien juramentos quiebra,  
cuando el premio que esperaba  
perdió, pase por la pena.  
Poneos bien con Dios al punto,  
porque dentro de hora y media

he de hacer que en ese sitio  
encubra siempre la tierra  
lo que no encubristes vos;  
que temo de vuestra lengua,  
si agora no la sepulto,  
que ha de hablar después de muerta."

Esta es sofisticada escusa  
de quien cavilosa intenta  
honestar sus liviandades  
al nuevo interés que afecta.

Ya Clemencia, ya Beatriz,  
ya Armesinda la una sea  
de las tres, la enigma-dama,  
si ama a Carlos la primera,  
la segunda al rey francés,  
y apetece la tercera  
a Enrique, ¿qué maravilla  
que recele que se sepan  
los arrojos de su gusto?

Temerosa de mis quejas,  
con la muerte me amenaza;  
pero primero que muera,  
hará mi valor alarde  
de la sangre que le alienta.)

*Saca la espada*

Saca la espada, Montoya.

MONTOYA: ¿Para qué la quieres fuera?

GABRIEL: Acaba, o te mataré.

MONTOYA: Pues ¿tú conmigo pependencias?

¿A cuchilladas me pagas  
catorce o veinte cuaresmas  
que he ayunado en tu servicio?

¿No digo yo que andan sueltas  
por este cuarto de ahorcado

Margarusas? (¿Si me trueca      Aparte

la cara algún Gacipiro,  
y que soy gigante piensa?)

Montoya soy, ¡vive Apolo!  
ten, señor, por Dios, vergüenza  
de ensuciar tus limpias manos  
en sangre lacaya.

GABRIEL: Bestia,  
¿qué dices?

MONTOYA: Las letanías.

GABRIEL: Mira que a matarnos entran  
traidores disimulados.

MONTOYA: ¿Hacia dónde están, que puedas,  
encantados, verlos tú,  
y yo agora llenos tenga  
los ojos de cataratas?  
A Dios y a ventura, muera  
todo fauno, sierpe o grifo.

*Saca la espada*

GABRIEL: Ponte a mi lado, no temas.

MONTOYA: Si se hallare en toda Europa  
quien más desdichado sea  
que yo...

GABRIEL: ¿Tiemblas?

MONTOYA: Tiemblo y sudo;  
olerásme si te acercas.  
¿Quieres ver cuán venturoso  
soy? Pues escucha. Una siesta  
soñaba que me había hallado  
tres bolsas y dos talegas  
de doblones de a dos caras;  
tendílos sobre una mesa  
y, cuando empecé a contarlos,  
al primero me despiertan,  
dejándome de la agalla,  
sin permitirme siquiera  
que entre sueños recrease  
mi codicia con su cuenta.  
Soñé otra vez que me daban,  
sacándome a la vergüenza

por las calles de la corte,  
cuatrocientos de la penca.  
Iba yo carivinagre,  
llorado de verduleras,  
entre escribas y envarados,  
las espaldas berenjenas.  
Y a cada "ésta es la justicia",  
me respuntaba el gurra  
los ribetes cuatro a cuatro,  
cual Dios les dé la manteca.  
Considera tú qué tal  
iría mi reverencia,  
que ¡vive Dios! que escocían  
como si fuesen de veras.  
Pues fue mi ventura tanta,  
para que envidia la tengas,  
que hasta el último pencazo  
no desperté; de manera  
que, cuando sueño doblones,  
al primero me recuerdan,  
y, cuando azotes, me obligan  
que hasta el cuatrocientos duerma.  
¿Hay bestia más desdichada?

*Golpes grandes a la puerta por dentro. FELIPO  
dentro*

FELIPO: Si no abriere, echad por tierra  
las puertas.

MONTOYA: Descomunal  
¡ayán Tranquitrinco, espera.  
¡Santiago, cierra España!  
A ellos, señor, o a ellas.

*Cae la puerta y salen FELIPO, BEATRIZ, CLEMENCIA,  
ARMESINDA, ENRIQUE, criados y damas*

CRIADO: Ya está abierto para todos.

MONTOYA: ¡Los duques y las duquesas!

GABRIEL: (Pues ¿cómo? Quien me amenaza Aparte  
de muerte, porque no sepa  
ninguno mudanzas tuyas,  
¿ahora con todos entra?)

FELIPO: Rendid, español, las armas.

GABRIEL: A los pies de vuestra alteza,  
ellas, el dueño y la vida.

MONTOYA: La bolsa, el dinero, y ellas.

FELIPO: ¿Es blasón de generoso,  
a costa de su nobleza  
desasosegar palacios  
y, extranjero, hacer ofensa  
a tanto príncipe y dama?

GABRIEL: Quien a sustentar se atreva  
que yo...

FELIPO: Ya se sabe todo.

GABRIEL: ...hice cosa que no deba,  
ni aquí, ni...

FELIPO: Don Gabriel, basta;  
dicho me han de esta quimera  
lo que pasa, aunque en confuso.

GABRIEL: No yo a los menos; que precia  
mi valor guardar palabras  
que tanto riesgo me cuestan.  
Y, pues contra esto me indician,  
diga madama Clemencia,  
diga Carlos, señor mío,  
Beatriz y su prima bella,  
vuestra alteza, el duque Enrique,  
¿cuándo permití a la lengua  
secretos encomendados,  
que de los labios escedan?

#### *A ARMESINDA*

MONTOYA: Chitón, por amor de Cristo,  
dama en cifra, niña almendra,  
en lo de la sala y torno,

joyas, papel, noche y cena.

FELIPO:     ¿Cuál de estas tres, español,  
              mandándoos amar por señas,  
              es la sutil inventora  
              de tanto artificio?

GABRIEL:                 Fuera,  
                          gran señor, yo afortunado,  
                          a alcanzar mis diligencias  
                          la solución de esas dudas.  
                          No lo sé, si bien sospechas  
                          tengo en todas tres.

FELIPO:                 Mostrad  
                          [[]os papeles; que su letra  
                          alumbrará confusiones.

GABRIEL:     Denme todas tres licencia  
                          para hacer de ellos alarde;  
                          que, sin dárme la, aunque muera,  
                          no me atreveré a enseñarlos,  
                          por no ofendar la una de ellas.

BEATRIZ:     Yo os la prometo.

CLEMENCIA:                 Yo y todo.

ARMESINDA:     Yo también.

MONTOYA:                 Traza discreta  
                          para deshacer pandillas.

*Dáselos, y míralos FELIPO*

FELIPO:     Ni de Beatriz, ni Clemencia,  
                          ni de Armesinda es la forma;  
                          todos son de mano ajena.

MONTOYA:     Pues volvamos a tocar  
                          tercera vez a tinieblas.

GABRIEL:     Si las tres me lo permiten,  
                          y perdona vuestra alteza  
                          de este amor enmarañado  
                          culpas que no sé que tenga,  
                          señas ofrezco bastantes,  
                          [.....e-a]  
                          para conocer su autora,

por más que ocultarse quiera.

BEATRIZ: Ya la tenéis.

CLEMENCIA: Acabad.

FELIPO: ¿Qué dices tú?

ARMESINDA: Que desea  
mi confusión verse libre.

MONTOYA: (Aquí la trampa se suelta.) Aparte

GABRIEL: ¿Quién, pues, de las tres madamas  
a las dos de vueselencias  
dio las joyas de diamantes  
que las tres sacaron puestas  
la primer vez que me hablaron?

BEATRIZ: Leonora, mi camarera,  
debajo mis almohadas  
halló esta cruz, sin que sepa  
cómo o quién allí la puso,  
y también esotras piezas,  
que por saber este enigma  
di a las dos.

DAMA: Es cosa cierta  
lo que mi señora afirma.

FELIPO: En fin, ¿que quien nos enreda  
se ha de reír de nosotros?

MONTOYA: Desmaráñelo un poeta.

GABRIEL: Señor, si esta vez no doy  
con el engaño, no tengas  
de averiguarle esperanzas.

FELIPO: Decid.

MONTOYA: Ya va la tercera.

GABRIEL: Cuando agora entré a esta sala  
¿estaban con vuestra alteza  
las tres madamas presentes?

FELIPO: Sólo Beatriz faltó de ellas.

GABRIEL: Pues ella estaba en el torno  
y, apurando mi paciencia,  
amenazaba mi vida;  
ella es la dama encubierta  
que se entretiene en burlarme.

FELIPO: ¿Qué respondéis?

BEATRIZ: Que confiesa

lo que la lengua rehusa  
en la cara la vergüenza.

*Sale CARLOS*

CARLOS: Antes moriré a su lado  
que en Francia persona ofenda  
al de Nájara, mi amigo.

FELIPO: ¿Qué es?

MONTOYA: Es chilindrona nueva.

CARLOS: Mi hermano el rey se casó  
con Ricarda, infanta inglesa;  
y, muerto en España el duque  
de Nájara, porque queda  
sin sucesión, don Gabriel,  
sobrino suyo, le hereda.  
Pésames y parabienes  
os den juntos estas nuevas,  
y vos, Felipo, a Beatriz,  
permitiendo que merezca  
mi intercesión y amistad  
lo que madama desea,  
que es juntar en don Gabriel  
a Nájara con Lorena.  
Mi esposa será Armesinda,  
dando la mano a Clemencia  
Enrique, porque amistades  
desbaraten competencias.  
Alcance yo vuestro sí.

FELIPO: Dueño es, señor, vuestra alteza  
de mi voluntad y estado;  
como lo dispone sea.

GABRIEL: A vuestros pies, gran señor...

CARLOS: Levantad; que así se venga  
de agravios que amor enlaza  
la sangre noble francesa.

MONTOYA: ¡Trinidad de desposorios!  
Sólo Montoya se queda  
incasable o celibato,

paralelo de una dueña.

GABRIEL: Invencionero ingenioso  
es amor; esta novela,  
senado ilustre, lo diga,  
y en ella el Amar por señas.

FIN DE LA COMEDIA